
BOLSILIBROS
Selección
TERROR
CUANDO AULLA EL LOBO
CURTIS GARLAND

«Un trébol. Un trébol de cuatro hojas.

Se inclinó. Arrancó la planta cuidadosamente. Miró las cuatro hojas del trébol afortunado. Lo rozó con sus labios, invadida por una singular felicidad. ¿Sería cierto que esa pequeña planta traía suerte a quien la encontrara?

Otra vez se puso rígido su cuello. Otra vez giró la cabeza. Miró atrás. Clavó los ojos en el bosque, en las sombras profundas. Esta vez estaba segura. El ruido había existido. Un ruido leve, sutil. Un crujido de hojarasca. Un chasquido de piedrecillas rodando».



Curtis Garland

Cuando aúlla el lobo

Bolsilibros: Selección Terror - 131

ePub r1.2
xico_weno 31.08.16

Título original: *Cuando aúlla el lobo*
Curtis Garland, 1975
Ilustraciones: Salvador Fabá

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2





SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

El grifo derramó un chorro violente, espumeante, que llenó la jarra de barro con dibujos policromados. La espuma resbaló por las paredes externas de la jarra, mientras se deslizaba por el mostrador hasta el hombre que la había pedido.

Era un trabajo rutinario para el gordo y coloradote Hans Wieczk. Un trabajo que hacía cada día, a lo largo de todo el año, excepto los domingos, en que la cantina se cerraba a la venta, respetando así el día del Señor, como era preceptivo. Su rara habilidad impedía que el dorado líquido del grifo se derramara en exceso. Sólo lo justo para dar un aire más refrescante y atractivo a la jarra de buena y fuerte cerveza que iba a parar momentos después al gaznate del sediento de tumo.

En noches así, el local acostumbraba a estar lleno. Todos los sábados ocurría igual. Pero este sábado era diferente, sin duda alguna. Hans Wieczk estaba sorprendido de la escasez de público que animaba su cantina en estos momentos.

De todo ello, tenía la culpa aquel maldito circo. Miró, malhumorado, al letrero adherido a su pared, con ánimos de arrancarlo a jirones. Pero no debía hacer eso. No era justo, ya que a cambio de exhibir el cartel anunciador, le habían facilitado cuatro entradas para el espectáculo. Cuatro entradas para él y su familia. Sólo que Hans no tenía familia, Por eso había dado dos de las localidades a unos amigos, buenos clientes suyos. Las otras dos, las utilizarían él y Frida. Después de todo, si alguien podía ser considerado como familia suya, en cierto modo, era Frida. Sus relaciones eran las mismas que si fueran marido y mujer. Sólo que… no eran mando y mujer.

Frida estaba ansiando también ver el circo. Pero, naturalmente, las localidades no eran válidas para la noche de la presentación del

espectáculo en el pueblo. La empresa contaba con el lleno casi absoluto bajo su carpa, y esa representación no admitía pases de favor. No se habían equivocado. Hans sabía que no quedaba una sola entrada en taquilla cuando bajo la lona del espectáculo ambulante, comenzó esa noche el desfile de actuaciones.

Y su negocio lo acusaba claramente, a pesar de que la noche era excelente, el frío era seco y no demasiado intenso, y el cielo, aunque con algunos nubarrones, ofrecía el bello espectáculo de una redonda, enorme y blanca luna llena, que prestaba una claridad plateada al paisaje boscoso y abrupto.

Terminó de servir las cinco jarras de cerveza que le pidieran aquellos clientes. Ellos las consumieron rápidamente, y luego pagaron, marchándose de El Zorro y el Mastín. La cantina se quedó vacía. A excepción del propio Hans, malhumorado tras el mostrador de superficie de madera lustrosa, y de Frida, limpiando ahora las mesas con un paño, más por rutina que porque necesitaran realmente de limpieza.

Frida, al inclinarse sobre las mesas, con aquella involuntaria procacidad suya, era capaz de atraer inmediatamente las miradas masculinas sobre su persona. Si lo hacía de cara a los demás, porque su descote profundo se hacía más amplio y generoso, permitiendo calibrar la magnitud de su torso prominente. Si lo hacía de espaldas, porque marcaba la rotundidad de sus caderas y nalgas aun con la amplia falda típica de aquellas regiones. Frida era una muchacha rubia, sana y vigorosa, capaz de traer de cabeza a la mitad de los hombres de la localidad. Pero Frida, actualmente, era una exclusiva de Hans Wieczk, el propietario de El Zorro y el Mastín, y nadie se hubiera atrevido a disputar la hembra a un tipo tan rudo y combativo como Hans, por miedo a salir malparado.

Sin embargo, Frida no vivía con él, ya que tenía unos hermanos que ignoraban sus relaciones íntimas con el cantinero, relaciones que no hubieran aprobado en absoluto, ya que pensaban en alguien mejor, más joven y adecuado, para hacer pareja con su rubia hermana.

Sólo que a Frida le gustaba ser ella quien eligiera en ese terreno, y así lo había hecho sin consultar con sus hermanos. A fin de cuentas, Hans era bueno y cariñoso con ella, aunque tuviera una prevención especial respecto a la iglesia y el juzgado, en lo

referente a enlaces matrimoniales.

—Creo que habrá que cerrar ya —dijo de repente, con un golpe de su recia mano sobre el mostrador—. No vamos a tener ya más clientes, Frida.

—No, me temo que no —admitió ella, siguiendo con su limpieza —. El circo estará a punto de terminar la representación, y ya es muy tarde para que la gente venga aquí a tomarse algo antes de ir a dormir. Además, mañana quiero madrugar para ir con mi hermano Laszlo a la ciudad.

—¿La ciudad? —Frunció Hans el ceño—. ¿Por qué motivo, Frida? Pensé que podríamos vemos y dar un paseo por el bosque, o cosa parecida…

—Mañana no, Hans —rechazó ella—. Prefiero ir a la ciudad. Tengo que comprar cosas, algo de ropa y unas chucherías. Dentro de quince días son las fiestas del pueblo, y quiero estrenar algo bonito.

—Mujeres… —refunfuñó Hans—. Siempre andáis pensando en esas cosas… ¿Volverás tarde de la ciudad?

—Bueno, ya sabes que hay bastante distancia. Aunque salgamos muy de mañana, antes del anochecer no habremos estado ele vuelta. Quizá venga a verte por la noche.

—Frida, yo… —Le temblaron las manos, saliendo del mostrador y acercándose a ella—. Frida, apenas si tenemos tiempo para… para nosotros dos solos.

Ella sonrió, mirándole provocativa. Sabía serlo con sólo proponérselo un poco. Exhibía la punta de su lengua rosada por entre los carnosos labios, ponía los brazos en jarras y adelantaba su busto, entornando los azules ojos maliciosamente. En ese momento, Hans empezaba a sentir que su corazón aceleraba las palpitaciones vertiginosamente.

—Calma, muchacho —rió entre dientes, sacudiendo su rubia cabeza—. Tendremos todo el tiempo del mundo desde el lunes. Esta semana, con el circo actuando en el pueblo, vas a tener poco público, seguro. Podrás cerrar antes la cantina… y yo no tendré necesidad de regresar más pronto a casa. Ya sabes que mis hermanos ni se enteran de esos detalles.

—Tus hermanos… —refunfuñó el cantinero—. Cierto. Campesinos sanos y de buenas costumbres. No beben, no fuman, no

trasnochan… Nunca saben si la cantina se cierra pronto o tarde. Pero si llegaran a sospechar de… de lo nuestro, seguro que todo cambiaría.

—No tienen por qué enterarse. Ellos hacen su vida en la montaña. No bajan apenas al pueblo, y cuando lo hacen no hablan con nadie. Para ellos, yo soy una chica que quiere ganarse un jornal trabajando en algo que no sea ordeñar vacas o cultivar la tierra, y eso les parece bien.

—Lo que no les parecería bien, es que tú y yo…

Estaba cerca de ella. Demasiado cerca. Aproximó sus voluminosas manos a la muchacha, la tomó por los brazos, hizo resbalar sus dedos por los brazos fuertes y rollizos de la rubia moza, y acercó su cara a la de ella. Frida, riendo, se desasió de su abrazo.

—No, no —cortó—. Dejemos eso, Hans. Cierra la cantina. Me iré a casa. Debo descansar para salir de viaje con el alba. Sé buen chico, y espera al lunes. En cuanto a lo de que mis hermanos llegaran a saber algo y les pareciera bien o mal, olvídalo de una vez. No sabrán nada de nada, tenlo por seguro. Además, alguna vez tendrán que enterarse si lo nuestro continúa… sin pasar por lo legal.

—¡Lo legal! —Se irritó Hans—. ¿Qué diablos puede influir eso en tus hermanos, maldita sea? Yo te quiero. Me gustas. ¿Qué puede importarme que un religioso bendiga eso que siento por ti, o que una maldita rata de juzgado de ésas certifique en un papelajo, con varias firmas, lo que tú y yo sabemos? El mundo está loco, al dar tanta importancia a todas esas cosas, por todos los diablos.

—Pero así están hechas las cosas desde hace siglos, y no podemos cambiarlas nosotros —sonrió ella tristemente—. Mis hermanos son gente sencilla, ruda y de pocos alcances. Es lógico que piensen que yo, su única hermana, haga las cosas como las hicieron los demás desde que el mundo es mundo.

—Oh, claro. Y luego, una vez casados, una vez legalizado todo entre nosotros, tú dejas de quererme o yo dejo de sentir por ti lo que siento… ¿y de qué sirven los papelajos, las bendiciones y todo eso? Te vas por tu lado, yo por el mío… y todo queda igual. Pero eso es legalizado ante el reverendo y ante los hombres del juzgado. ¡Al diablo con todas esas zarandajas que se inventaron los hombres para sacar dinero a los demás, aunque no les importe un cuerno lo

que hagan o dejen de hacer!

Frida sacudió su cabeza, rubia y espléndida, con un gesto de resignación. Era difícil convencer de esas cosas a Hans. Era un hombre de ideas fijas y obstinadas. Tampoco lo intentó de nuevo.

—Está bien, querido. Sea como tú dices. Pero ahora, deja que vaya a casa. El lunes, intentaremos buscar una solución para resolver las cosas de cara a nuestro futuro. ¿Estás contento así?

—Hum, si supiera que eso puede ocurrir… —Hans meneó su cabeza dubitativamente—. Está bien, no quiero dificultar tus planes. Ve y descansa, amor. Te estaré esperando impaciente, puedes asegurarlo.

—Lo sé, Hans, querido —se colgó de su cuello, besándole, y él, rápidamente, la atrajo hacia sí, impetuoso.

—Frida…

—No, no —se soltó rápidamente ella, eludiendo sus acosos—. Recuerda: no tengo tiempo de entretenerme. No esta noche. Adiós, Hans. Hasta el lunes.

—Al diablo con eso —refunfuñó el cantinero—. Hasta el lunes, Frida. Y cuídate.

—Sabes que siempre sé cuidarme, amor —rió ella jovialmente, envolviéndose en un rebozo intensamente rojo, y caminando hacia la salida.

—Claro. Pero me refería a esta noche. El camino hasta la casa de tus hermanos es a través del bosque. Y nunca se sabe lo que puede haber en el bosque…

—No temas. Hoy la luna alumbra claramente —rió ella jovialmente—. No me perderé, ni se atreverá ningún animal a atacarme. Por otro lado, no hay alimañas peligrosas en el bosque, bien lo sabes.

—Bueno, según las gentes, hubo tiempo en que había lobos en esta región, Frida.

—¿Lobos? —Ella soltó una carcajada, ya con la puerta abierta para salir—. Vamos, no digas tonterías, amor… No hay lobos por aquí, y tú lo sabes. Eso que ellos dicen son leyendas… De los tiempos en que se decía que había hombres capaces de volverse lobos a la luz de la luna llena… Y eso sucedía en la Edad Media, no en nuestros días. Hasta el lunes… o hasta mañana por la noche, cariño.

Cerró, riendo alegremente, y se perdió por el sendero, canturreando entre dientes, con su peculiar alegría. Alrededor de la cantina, las escasas edificaciones que formaban el villorrio montañés, aparecían ya con las luces totalmente apagadas.

Hans fue apagando uno a uno los mecheros de petróleo, dejando en penumbras su negocio. Refunfuñó entre dientes, mientras la claridad plateada de la luna penetraba por las vidrieras de colores de los ventanales de la cantina:

—No me gusta. No me gusta que Frida se marche y me deje solo… No podría vivir sin ella. No podría…

Y sus poderosas, macizas manos, que parecían buscar en la penumbra el roce cálido de las carnes de Frida, se cerraron ruidosamente en el vacío, donde no encontraron nada ni a nadie.

* * *

El villorrio había quedado atrás.

Frida dejó de canturrear caminando con firmeza entre las piedras y matorrales. Los árboles prestaban ramalazos de sombras al sendero, bañado de luz de luna. Un enorme disco plateado brillaba en el cielo sin nubes. Luna llena. Noche de hombres-lobo, como decían las viejas leyendas eslavas.

Frida se reía de todo eso. Era una muchacha sencilla, sana e ingenua, nada supersticiosa por otro lado. Ella decía que lo temible era un hombre violento o un animal herido, pero nunca un ser que no existía sino en la imaginación de las gentes…

El sendero se hizo empinado, descendiendo hacia el barranco. Atravesado éste, hallaría otra senda hacia las cumbres. Y poco más tarde, llegaría a la vivienda de sus hermanos. El camino no tenía nada de peligroso ni arriesgado. Además, lo conocía bien. Y ni siquiera existían animales feroces en la vecindad.

Le resbaló el manto rojo oscuro, cayendo a sus pies. Se detuvo, inclinándose a recogerlo. La noche era fría en las montañas, a pesar de la luna llena y el cielo despejado.

Se quedó parada, escuchando en el silencio. Sorprendida. E incluso inquieta.

Estaba segura de haber captado un roce. Un rumor suave, en alguna parte. A espaldas suyas, quizá.

Se volvió bruscamente. Ella era valerosa para esas cosas. Respiró

hondo. Se llamó tonta a sí misma. No había nadie tras ella. Ni el menor rastro de ser viviente alguno.

Escuchó, pese a todo. Nada. Sólo el lejano eco de la música circense, allá abajo, en el pueblo. A menos de media milla del villorrio cercano donde Hans tenía su cantina.

Debían de estar terminando ya la función. Le gustaba la idea de ver el circo. Iría algún día, esa próxima semana, durante las fiestas de la ciudad.

Las notas alegres de las trompetas llegaban muy diluidas en el aire frío y seco de las tierras eslavas. Frida se imaginó fácilmente las luces, la pista, los payasos haciendo reír ingenuamente a los espectadores, los jinetes sobre los caballos enanos, los acróbatas con la eterna magia de sus saltos, allá en las alturas de la carpa…

Eso era todo. Eso, y el silencio alrededor. Suspiró con fuerza. Echó a andar resueltamente, con su firme pisada, hollando la crujiente hierba y los chirriantes pedruscos de las sendas que serpenteaban entre altas arboledas frondosas. Más allá, en el azul crudo, oscuro y frío, la redonda luna de las leyendas sanguinarias, de los medievales mitos de hombres-lobo y de vampiros de los Cárpatos.

Muchas noches como ésta, Frida recorrió los bosques, siendo niña o adolescente. También siendo ya mujer, una hembra en plenitud, maciza y vigorosa. Y nunca había sucedido nada. Nunca vio a nadie que no fuese hombre o bestia. Pero jamás ambas cosas a la vez.

La marcha se hizo más presurosa. No porque tuviera miedo, sino frío e impaciencia. Frío al sentir su carne acuchillada por el aire cortante, bajo las livianas telas que envolvían sus formas rotundas de mujer en sazón. Impaciencia por acostarse entre limpias sábanas crujientes, relajándose para el reposo, desperezando casi voluptuosamente su cuerpo desnudo, acariciado por el lino áspero y a la vez suave y perfumado de la ropa limpia.

Frida caminó rápida, ladera abajo. Se detuvo al ver ante sí un objeto herido por la luz de la luna, plateada y límpida. Una señal de buena suerte, emergiendo entre breñas y piedrecillas.

Un trébol. Un trébol de cuatro hojas…

Se inclinó. Arrancó la planta cuidadosamente. Miró las cuatro hojas del trébol afortunado. Lo rozó con sus labios, invadida por

una singular felicidad. ¿Sería cierto que esa pequeña planta traía suerte a quien la encontrara?

Otra vez se puso rígido su cuello. Otra vez giró la cabeza. Miró atrás. Clavó los ojos en el bosque, en las sombras profundas. Esta vez estaba segura. El ruido había existido. Un ruido leve, sutil. Un crujido de hojarasca. Un chasquido de piedrecillas rodando.

¿Quizá su imaginación? ¿Un instinto de miedo? No, no era eso.

Clavó la mirada en las piedrecillas. Rodaban. Levemente, ladera abajo. Desde un macizo de matorrales. Desde un lugar donde, ella estuvo segura, había alguien.

O algo que tenía vida…

Se estremeció. No cabía duda alguna. La vigilaban. La seguían. Esta vez era algo más que simple imaginación o un error de apreciación. Aquellas piedras no rodaban solas. El arbusto no se estremecía sin la existencia de alguien que lo moviera, porque no soplaba brisa alguna en estos momentos.

—¿Quién está ahí? —gritó Frida, haciendo acopio de valor—. ¡Vamos, respondan! ¿Quién se esconde detrás de esas plantas? ¡No trate de disimular, lo he visto! ¡Lo sé!

Y se inclinó, decidida, aferrando una rama gruesa, que enarboló como un arma defensiva, avanzando resueltamente hacia el matorral. Sabía que lo mejor, si algún tipo andaba cerca, vigilándola, era desarmarle, ahuyentarle con tonos desafiantes. Conocía a esa clase de tipos capaces de espiar mujeres solitarias. Siempre eran unos cobardes, unas miserables ratas enfermizas.

Pero esta vez no resultó. Cuando Frida se detuvo ante los arbustos, nadie asomó de entre ellos. La valerosa joven se decidió, resueltamente. Alzó su rama y golpeó los matorrales resueltamente.

Un gruñido sordo respondió a su provocación. Frida sintió súbito miedo. Aquella voz no parecía humana. No lo era, sin duda alguna. Y emergía de allí detrás, de los ramajes oscuros que velaban al ser oculto…

Se echó atrás, dejó de golpear los ramajes. La luz de la luna era intensa ahora, dibujando cada detalle nítidamente. Los ojos dilatados de Frida se clavaban en los arbustos. Estaban agitándose, removiéndose fuertemente ahora…

Una sombra brusca emergió tras las ramas. Una sombra ancha, enorme, oscura… Captó el destello de unos malignos ojos animales,

inyectados en sangre… Captó el jadeo ronco de una boca babeante, entre oscuro vello que convertía el rostro de aquel ser en una masa informe, peluda y sombría.

Frida gritó. Por primera vez en su vida, gritó aterrorizada. Echóse atrás, intentando escapar, correr ladera abajo, hacia el arroyo. Tropezó y cayó de espaldas. La figura siniestra se irguió, saltando sobre los matorrales, precipitándose sobre ella…

Parecía más un oso que un lobo. Y quizá lo era, porque su volumen era igual o superior al de un ser humano gigantesco. Aplastó los arbustos con sus recias pisadas, saltó sobre ella como un animal herido, emitiendo un gruñido ronco, bestial, inhumano.

Sobre las ropas de Frida, unas garras aceradas trazaron surcos desgarradores, que rompieron las telas a jirones, y dejaron emerger un instante las formas plenas, los pechos macizos, las piernas desnudas y fuertes…

Luego, nuevos zarpazos bestiales cubrieron de sangre aquella figura yacente, entre alaridos desesperados y estremecidos de la infortunada víctima. Forcejeó ella, luchó por apartar de sí aquella forma velluda, tremenda, poderosa y bestial, que estaba cubriendo de surcos desgarrados, sangrantes, su cuerpo todo.

Su grito se ahogó de repente, cuando las temibles zarpas, entre rugidos feroces, cayeron sobre su boca, su nariz, sus mejillas e incluso sus ojos.

El destrozo fue atroz, y la voz de la infortunada Frida se ahogó entre borbotones de sangre, cuando sus labios y encías destrozados dejaron fluir una intensa hemorragia. Uno de los ojos de la chica, reventó en un zarpazo, terminando de mutilar aquella faz, poco antes hermosa y provocativa.

Entre estertores roncos, convulsionado el cuerpo por espasmos de agonía, Frida rodó por la ladera, mientras bajo la blanca luna llena se perdían rugidos horribles, alaridos feroces de animal sediento de sangre, ávido de destrucción…

Luego, una masa velluda se movió a saltos, hasta desaparecer entre matorrales y árboles, en lo más profundo del bosque…

Abajo, en el arroyo, en su orilla, quedó inmóvil un cuerpo de mujer semidesnudo, entre jirones sangrantes de ropa. Las aguas se tiñeron de rojo lentamente. El silencio, el tremendo silencio de la muerte, se enseñoreó del bosque, de las montañas todas…

CAPÍTULO II

—Dios se apiade de su alma… —Fueron las palabras apagadas y lentas del alguacil Koczas. Después, la manta cubrió de nuevo el cuerpo inerte, ensangrentado, casi irreconocible.

Hubo un silencio profundo alrededor. Hans Wieczk sollozaba ahogadamente, estrujando sus puños gigantescos, impotentes, contra el tronco de un árbol. Algo más allá, eran dos los jóvenes campesinos que dominaban su dolor, enrojecidos sus ojos, apretados sus labios, lívida la ruda faz, bajo el curtido del aire libre y las brisas montañesas. Entre ellos y el cantinero, varios hombres del pueblo, en silencioso cortejo.

—¿Quién? —Jadeó Hans—. ¿Quién pudo ser el maldito hijo de perra que…?

—Serenidad, amigo Hans —pidió fríamente el alguacil, volviéndose hacia él—. Tengan calma todos. Este desgraciado asunto no debe hacernos perder el sentido común. Frida era una buena chica, una amiga de todos nosotros. Ahora, está muerta. Horriblemente destrozada por alguna fiera salvaje que la sorprendió en el camino. No podemos culpar a nadie racional de un hecho semejante, compréndelo, Hans.

—No pienso como tú, Koczas —replicó el cantinero airadamente —. Esa chica sabía que no había fieras semejantes por aquí. Yo también lo sé.

—¿Quién puede estar seguro de eso, Hans? —Protestó el alguacil—. Estas montañas han conocido la existencias de lobos, de osos incluso…

—Sí, en épocas de grandes nevadas —admitió secamente uno de los hermanos de Frida—. Pero no ahora, con tiempo despejado, en pleno inicio del otoño… No, no es posible, alguacil. Alguien asesinó a Frida. ¡Y Hans, ese bastardo maldito, debe saber quién lo hizo, si

es que no fue él mismo, cuando nuestra hermana le despreció!

—¡Sucios rufianes, asquerosas ratas del bosque! —aulló Hans, precipitándose hacia ellos, con sus puños en alto, amenazador—. ¡Vosotros, tal vez, en una paliza, la matasteis!

Los dos hermanos de Frida le esperaron, levantando uno de ellos su nudoso bastón, con no menos belicosidad. Rápido, el alguacil alzó su carabina e hizo un disparo al aire. El estampido rebotó en largos ecos, entre los árboles.

—¡Quietos todos, imbéciles! —Rugió Koczas—. ¿Acaso pretendéis empezar una guerra por vuestra cuenta, sólo porque Frida está muerta? Ni los hermanos de ella pudieron darle una paliza semejante… ni Hans, de quien todos sabemos que mantenía relaciones íntimas normales con la chica, aunque fuese a espaldas vuestras, tenían motivo alguno para una cosa así. Además…, además, las zarpas que desgarraron su carne no podían ser humanas en modo alguno, de eso estoy seguro, aunque nos falte el resultado de la autopsia.

—La autopsia… —habló con desprecio Hans, contenido en su afán de pelea, por el disparo del arma larga, lo mismo que los hermanos de la infortunada muchacha—. ¿Quién la hará, alguacil? Ni siquiera tenemos ahora médico en el lugar, tras la muerte del buen doctor Frost…

—Lo tendremos pronto, cualquier día de éstos. Mientras tanto, la autopsia se hará en la capital. No existe otro remedio.

—Eso significa… que Frida no será sepultada aún en tierra cristiana… —jadeó uno de sus hermanos sombríamente.

—Lo será, a su debido tiempo —afirmó el alguacil—. Pero esta muerte, si ha sido un crimen, debe esclarecerse. Si sólo fue un ataque animal, también. Es lo que resuelve la ley. Ahora, dispérsense todos y no haya más incidentes. No dudaré en encarcelar a cualquiera que pretenda quebrantar el orden. Sea quien sea, ya lo saben todos.

Los ciudadanos del lugar ayudaron a que Hans se marchase solo, hacia su cantina, mientras los furibundos hermanos de Frida lo hacían en sentido opuesto. Por su parte, el alguacil Koczas partió con dos ayudantes suyos del Juzgado Municipal de Véskad, el pueblecito situada casi en la frontera húngaro-rumana, cerca de la ciudad de Gyula, cabeza del partido judicial en que se hallaban

enclavados.

En unas parihuelas, toscas, pero eficaces, el cuerpo de Frida fue conducido por entre los riscos, camino del destartalado, viejo y frío edificio de los juzgados de Véskad.

Alguien, durante el camino aventuró un comentario inesperado:

—Ha sido extraño. Muy extraño todo… ¿Recuerdan la leyenda? La vieja leyenda de los plenilunios de Véskad, en las montañas de Koros-Nagy… Se dice que cuando se acerca el invierno y brilla la luna llena… todo aquel que oye aullar al lobo y ve sus ojos rojizos en la oscuridad… se ve condenado a algo mucho peor que la misma muerte. Se dice… se dice que cualquiera puede convertirse en bestia humana… y destruir a los hombres con la furia de sus zarpas y el poder diabólico de su nueva naturaleza, don que Satanás otorga a los que desafían su poder…

Nadie respondió nada. Nadie habló, pero fue evidente que existía una repentina atmósfera de inquietud y temor entre los que portaban, silenciosamente, el cadáver sobre las angarillas. El flaco y nervioso alguacil Koczas les miró ceñudo, sin decir nada al respecto. Pero otro de los componentes del fúnebre cortejo, se atrevió a opinar súbitamente:

—Según esa leyenda… incluso Frida podría ser, en el próximo plenilunio, una mujer convertida en bestia sanguinaria, ávida de sangre… puesto que ella vio al hombre-lobo y escuchó su aullido de muerte… Y se dice que, si alguien no clava una bala de plata en su corazón, la víctima del hombre-lobo vuelve a la vida… convertida también en lobo humano…

—¡Estúpidos! —Rugió Koczas de repente, expresando con violencia su mal humor—. ¿Acaso pretendéis volver loco a todo el mundo con esas tonterías? Frida está muerta y bien muerta No hay poder en el mundo capaz de volverla a la vida, desgraciadamente. En cuanto a balas de plata y hombres-lobo… son pura superstición sin fundamento. Nada de eso tiene sentido, recordadlo. Es una perfecta estupidez. Callaos todos ahora. Será lo mejor. O meteré también en la cárcel a quien pretenda soliviantar los ánimos de 5a población con semejantes patrañas, ya estáis advertidos.

Prosiguió el cortejo en silencio. Ya nadie aventuró teoría alguna sobre la leyenda que un día todos admitieran cómo posible en la región de Koros-Nagy. Pero no hacía falta. En cada mente, la idea

empezaba a germinar. Y el terror supersticioso, les invadía uno a uno a todos los presentes, mientras conducían el cadáver de su víctima, camino del depósito judicial de cadáveres en Véskad.

* * *

Nathan Miller miró el paisaje por la ventanilla. Se echó luego atrás, respirando con fuerza.

—Es, justamente, lo que me había figurado —dijo entre dientes —. No puede decirse que me sienta defraudado.

Sus compañeros de viaje le miraron un momento en silencio. Luego, fue la dama quien habló en primer lugar, con voz calmosa.

—¿Es la primera vez que visita usted Hungría, señor Miller?

—No, no es la primera —sonrió Nathan con aire calmoso—. He estado otras veces, pero no en esta región, sino en otras muy diferentes: Budapest, Gyür, Ujpest… No, esta parte del país no la conocía. Siempre crucé la frontera por Eslovaquia, no por Rumania…

—¿Le parece mejor o peor, doctor Miller? —indagó a su vez el hombre, remarcando acentuadamente su condición de «doctor». La dama le miró de soslayo, como acusando la rectificación a sus palabras anteriores.

—Creo que cada región, y cada país tienen su fisonomía peculiar —suspiró apaciblemente el joven médico, retrepado en su asiento de la diligencia, mientras los caballos galopaban de forma impetuosa y alegre sobre los senderos pedregosos e incómodos de la montañosa región—. En todos los lugares hay algo hermoso, algo inquietante, algo apacible… y algo feo. Todo es cuestión de saber lo que se busca y lo que se mira.

—Hay sitios donde es preciso buscar mucho para encontrar la hermosura —confesó ásperamente el viajero—. Y este lugar es uno de ellos, no lo dude. La región puede parecer bella, si sólo se mira su simple apariencia. Sus bosques, sus cumbres, sus valles, sus casas y prados. Pero hay algo que dista mucho de ser hermoso en Koros-Nagy.

—¿De veras? —El doctor Miller enarcó las cejas, contemplativo —. Yo sólo puedo ver lo aparente. Desconozco el lugar. Por tanto, sólo me fío de lo que liega hasta mis ojos, Y, ciertamente, es un espléndido paisaje.

—El paisaje no lo es todo —era la dama quien hablaba de nuevo con voz profunda—. Detrás de una bella máscara, puede ocultarse toda la fealdad del mundo, doctor.

—Ya —el joven Nathan Miller estudió a la mujer que viajaba en la diligencia, entre él y el otro viajero masculino—. ¿Es todo esto que vemos aquí, tal vez, una máscara?

—Sí, tal vez —admitió ella con frialdad—. Pregunte a muchos lugareños. Le dirán, poco más o menos, lo mismo que yo.

—Usted no me ha dicho nada todavía —le recordó Miller—. Sólo que las cosas no son como parecen. Pero ¿cómo son, en realidad, señorita…?

—Señora —rectificó ella con sequedad—. Señora Ozdar. Esposa de Janos Ozdar.

—Oh, perdone —se disculpó Miller. Miró de soslayo al viajero, pequeño y rechoncho, con mofletes llenos y muy rojos, bajo su mirada azul pálida—. ¿Tal vez ustedes dos…?

—No, no, por Dios —el hombrecillo enrojeció más vivamente aún, resopló y comenzó a sudar copiosamente—. ¿Cómo iba a ser yo… el marido de tan bella dama? Ojalá hubiera sido así, pero mi esposa… mi esposa es muy diferente a la señora Ozdar…

—Es muy amable, señor Vaszary —rió suavemente la joven dama—. Pero ha dicho la verdad, señor Miller. No es mi esposo. Janos… Janos no está capacitado para… para viajar. En realidad… está incapacitado para hacer muchas cosas. Usted lo entenderá cuando nos visite.

—¿Visitarles? ¿Es una invitación, señora?

—Lo es, doctor. Una de estas noches ha de venir a cenar a mi casa. Pero no será solamente una visita de simple cortesía, sino… de tipo profesional.

—Entiendo. ¿Está enfermo su esposo, tal vez?

—Lo está. De una enfermedad de la peor especie: la invalidez. No puede moverse de su silla o de su cama, ¿comprende? Y tiene sólo treinta años escasos…

—Comprendo —bajó la cabeza Miller—. ¿Fue causa de un accidente, de una enfermedad acaso…?

—Un accidente. Hace dos años. Entonces había aquí un viejo médico, el doctor Frost. No era muy bueno. Acostumbraba a estar ebrio. Unos dicen que le curó mal. Otros, que él estaba en lo cierto

cuando afirmó que Janos mismo se había condenado a la invalidez por una obsesión de tipo nervioso. Sea como sea, el doctor Frost murió sin poderle sanar. Y él sigue incapacitado, inmóvil en casa.

—Veré a su esposo —asintió Miller, frotándose el mentón, con la mirada fija en ella. Luego, la desvió de nuevo hacia la ventanilla del carruaje que rodaba cada vez más deprisa hacia su punto de destino. Añadió con voz tranquila—: Pero no puedo garantizarle nada. Aunque el doctor Frost estuviese en lo cierto respecto a la causa psíquica de ese mal, una invalidez de tipo nervioso es a veces incurable. Porque todo depende del propio paciente, la clave de su curación está en su mente… y pocos médicos tienen control sobre la mente ajena.

—Sí, especialmente sobre la de Janos…

—¿Por qué dice eso? —indagó Miller, arrugando el ceño.

—No, por nada —ella sacudió su cabeza negativamente. Bajo la pamela oscura, color vino Burdeos, su rostro era suave, pálido, ovalado, con el halo dorado oscuro de sus cabellos de tono miel, con la luz singular de sus profundos ojos pardos—. Por nada doctor… Ah, por cierto, su nombre nos ha sorprendido a todos. Esperábamos un médico de nuestro país. O, como mínimo, rumano. Y resulta ser… un sajón.

—Inglés, para ser exactos —sonrió Miller—. Del propio Londres, señora. Allí nací, allí he vivido casi toda mi existencia, y allí aprendí la Medicina y me doctoré. Pero he viajado últimamente por todo el continente. He sido médico en Bucarest y Belgrado, he asistido a conferencias médicas en Viena y en Sofía, en París y en Roma… Puede decirse que soy un inglés muy europeizado —completó, riendo de buena gana.

—Y, a lo que veo, con buen dominio de nuestra lengua… —señalo el viajero Vaszary.

—Sí, creo que hablo bien el húngaro, el francés y el alemán —admitió Miller, encogiéndose de hombros—. Me entusiasma aprender idiomas…

—Para ser tan joven, doctor, es usted todo un archivo de conocimientos, viajes y de inquietudes —murmuró roncamente Vaszary—. ¿Todos son así en Inglaterra?

—Supongo que no todos —sonrió Miller—. Personalmente, siempre me gusta saber algo más, conocer cosas nuevas… En suma,

llegar más lejos. Siempre un poco más lejos…

—Más lejos… —La dama le miró extrañamente cuando hizo su singular comentario—: Creo que en algunas cosas, doctor, usted difícilmente buscará más allá de lo que pueda encontrar aquí, en Véskad…

—¿Qué quiere decir, señora?

—No, nada —se encogió de hombros, con gesto enigmático—. Nada, doctor. Sencillamente, pregunte a alguien por la muerte de una muchacha llamada Frida… y también por el hombre-lobo de las montañas…

* * *

—Frida… y el hombre-lobo… —Se estremeció ante las palabras que el nuevo médico acababa de dirigirle—. Cielos, ¿quién le habló de eso, doctor Miller?

—Una dama, en el carruaje de postas que nos transportó aquí… ¿Tiene eso algún sentido, alguacil?

—¿Si lo tiene? —El alguacil Koczas resopló, mirando con fijeza al recién llegado—. Cielos, claro que sí… aunque yo ignore cuál pueda ser. Pero realmente, no es un tema agradable de tratar, doctor. Especialmente, por un médico. Comprenda que usted no va a creer en hombres-lobo y cosas parecidas, siendo un hombre de ciencia. Como yo tampoco creo, al ser un representante de la ley.

—He oído hablar de esa clase de leyendas muchas veces —suspiró el joven galeno con aire reflexivo—. En Rumania se habla de vampiros bebedores de sangre, en Hungría y Austria se habla de entes que se transforman en monstruos velludos y atacan durante las noches de plenilunio. Y en Inglaterra, se habla de asesinos que destripan a sus víctimas en las calles, y luego devoran sus entrañas para producir extraños efectos sobre su naturaleza humana, en busca de una mutación monstruosa. En suma, alguacil, he oído mencionar toda clase de historias fantásticas y terribles, desde los vurdalaks rusos hasta los estranguladores hindúes, fieles siervos de la Diosa Kali. Casi siempre, no pasó de ser justamente eso: una leyenda capaz de erizar los cabellos a las personas crédulas. Me pregunto si la señora Ozdar será una de esas personas capaces de admitir cualquier superstición por disparatada que sea…

—Singularmente, tratándose de una dama inteligente, culta, y

casada con un hombre que se graduó en química por la Universidad de Budapest, doctor… la señora Ozdar sí parece tener extrañas supersticiones y temores. Especialmente, desde que su marido quedó confinado en casa, incapaz de salir de su lecho o de su silla de inválido.

—Ya. Janos Ozdar… ¿De modo que él es químico?

—Exacto, Pero ya no ejerce. Está hundido, amargado. Es como un fantasma de sí mismo, del joven alto, apuesto arrogante y fuerte que conocimos anteriormente. Ella es una mujer que lleva su drama íntimo con gran entereza, pero… pero también le ha afectado gravemente lo sucedido. Quizá tenga miedo, al vivir sola con su marido inválido y su sirviente única, en ese caserón tan alejado del pueblo, pero… eso no justifica que crea en hombres-lobo y cosas parecidas.

—¿Quiénes más creen en esa leyenda, aquí en Véskad?

—¿La del hombre-lobo de las montañas? Casi todo el mundo. Especialmente… después de lo de Frida.

—Frida. Ella nombró a esa mujer. ¿Quién era, y qué sucedió, alguacil Koczas?

El hombre de la ley se lo explicó breve, pero claramente. Nathaniel Miller, médico inglés destinado a cubrir en Véskad la vacante dejada por el difunto doctor Frost, escuchó muy atento, con las cejas unidas en un hondo surco de preocupación que dividía su ceño, y la mirada muy fija en su interlocutor, sentadas ambos a una mesa, ante dos buenas jarras de cerveza, en el amplio comedor cantina de la fonda La Moneda de Oro, donde provisionalmente se alojaba el recién llegado.

Al término del horrible relato del asesinato en las montañas, hubo un silencio durante el cual solamente se escuchó el gorgoteo de la fresca cerveza, pasando por el gaznate del alguacil. Miller se limitó a probar un sorbo de líquido, jugueteando con la jarra pensativamente.

—¿Qué me dice de sus heridas? —preguntó gravemente—. ¿Las examinó el forense de Gyula?

—Sí. Enviamos a la ciudad el cadáver. El juez Mohln se ocupó de los trámites legales personalmente. La infeliz muchacha ya reposa en tierra sagrada. Según el forense de Gyula, los destrozos estaban hechos realmente por zarpas de un animal de considerable

tamaño, Podía ser un lobo de gran volumen o un oso, o cualquier alimaña feroz de parecidas dimensiones. Por las muestras de vello rojizo que se encontraron sobre la piel y ropas de la infortunada Frida, el forense se inclinó por un lobo… o un gran perro salvaje, acaso gigantesco y, desde luego, despiadado con su víctima.

—¿No hay huellas de que intentasen devorar a la muchacha, una vez muerta?

—No, ninguna. No la atacó más que con sus garras… y en algunos puntos con profundos mordiscos, especialmente en su garganta y senos. Pero no intentó devorar a Frida.

—Extraña circunstancia en un animal salvaje, posiblemente hambriento… y con el olor de la sangre fresca llenando su olfato…

—Sí, no parece muy convincente, doctor. Pero así sucedió Quizás los gritos de su víctima o la existencia de algún ruido o proximidad de alguna persona… asustó al animal, que emprendió la fuga, sin llegar a ensañarse en su víctima.

—No lo creo. Un auténtico animal salvaje, hubiera defendido con su propia vida la presa obtenida. Especialmente, si venía de las montañas y, por ello, tenía hambre. Yo no soy de los que creen que los lobos ataquen a las personas sin haberse llegado a sentir hambrientos.

—Entonces, ¿qué sugiere? ¿Que, realmente, pudo ser un hombre-lobo?

—No he dicho eso. —Nathan apretó los labios, entornando sus ojos, que tuvieron un frío destello de inteligencia, allá al fondo de las pupilas oscuras, tan oscuras como su propio cabello revuelto, color café, largo y bien cuidado, bajo el habitual sombrero negro, de peluche brillante, que ahora reposaba colgado de una percha del comedor—. Yo no creo en los hombres-lobo, alguacil. Ni creeré en ellos… en tanto no vea uno ante mí, materializándose su metamorfosis.

—Sí, lo supongo. Es lo mismo que dice el doctor Brosik…

—¿Doctor Brosik, ha dicho? —Enarcó las cejas Nathan—. ¿Quién es? ¿El forense de Gyula?

—No, no. Me refiero al veterinario de Véskad… Tenemos un veterinario aquí, doctor Miller. Un hombre muy inteligente, gran amante de los animales. Posee un gran número de perros propios. Los cuida como si fueran hijos suyos… quizá porque no tiene

familia.

—Ya entiendo. ¿Perros domésticos?

—Sí, claro. Hermosos ejemplares: mastines, sabuesos de la mejor estampa… Algo magnífico, créame. Los quiere de un modo especial. Creo que ese hombre ama más a los animales que a los seres humanos. Cosa que no debe extrañamos mucho en un solterón dedicado a la veterinaria, ¿no es cierto, doctor?

—Sí, supongo que sí. Veré a ese veterinario. Me encantan los perros de raza, alguacil.

—Bueno, quizá encuentre dificultades en eso…

—¿Dificultades? ¿Por qué motivo?

—Es que el doctor Brosik… no es muy sociable. No admite visitas, salvo en raras ocasiones. Y menos aún permite que la gente vea sus perros… Es un tipo raro, para serle sincero. El doctor Frost jamás logró tener con él una entrevista amplia, ni mucho menos.

—En ese caso, habrá que intentar ganarse sus simpatías —sonrió Miller, distraído. Meneó la cabeza, con un suspiro—. Este pueblo tiene personas singulares, no hay duda de ello… Bien, amigo mío, agradezco su bienvenida personal. Ahora, creo que me acostaré un poco. El viaje ha sido fatigoso, y me siento realmente cansado.

—Por supuesto, doctor. —Koczas terminó su cerveza y se puso en pie, limpiándose los labios—. Perdone si le molesté demasiado tiempo, pero me gusta que los recién llegados, los forasteros, se sientan en Véskad como en su propia casa. Aquí estará bien. La fonda es buena, la comida excelente, y la señorita Kovac es muy amable… especialmente con los clientes masculinos —terminó confidencialmente, inclinándose hacia él y guiñándole maliciosamente un ojo.

Abandonó la fonda de La Moneda de Oro, y tintineó la campanilla, junto a la puerta de vidrios de colores, dejando solo a Nathan en el comedor, amplio y confortable, con zócalos de madera, amplio hogar con un fuego alegre que nacía crepitar los leños, y estanterías donde se alineaban jarras y recipientes de barro cocido o de cerámica, algunas de ellas con policromados relieves propios de aquellas regiones y de otras más lejanas, como Baviera o Rumania.

Unos leves crujidos, a su espalda, le revelaron la presencia de alguien. Giró la cabeza y contempló la escalera que descendía de la

planta alta. Sus ojos se encontraron con los de la dama que le diera alojamiento poco antes.

La señorita Kovac, pues ella era, le sonrió desde los escalones de madera, que chirriaban bajo sus breves pisadas. Era fuerte, rabia y de sonrosada epidermis. Poseía formas generosas, especialmente en sus rotundas caderas, sus senos enhiestos y opulentos, y sus nalgas bien marcadas a pesar de las amplias faldas de paño rojo y negro, típico de la región. Era joven y bien parecida. Tenía autoridad y firmeza.

—¿Ya se ha marchado el alguacil Koczas? —Ante el asentimiento de él, añadió con tono burlón y divertido—: A veces es un poco irritante. Le gusta hablar de sus asuntos con todo el mundo, en especial si hay forasteros. Eso le hace sentirse importante. No hablemos, si hay por medio un asunto como… como el de Frida. Porque imagino que le hablaría de eso, ¿no es cierto, doctor?

—Por supuesto, señorita Kovac. Me habló de todo eso. Y ampliamente. Pero estoy confuso. No entiendo muy bien lo que me contó.

—¿Sólo usted? —La rubia y rolliza joven soltó una seca carcajada—. Eso nos sucede aquí a todos. O a casi todos. ¿Cree que podemos entender que existan hombres-lobo, o cosas parecidas? Son leyendas de otros tiempos. En la Edad Media privó mucho hablar de esas cosas, especialmente por aquí, en Centroeuropa, en España, en Italia… Pero hoy día, cuando casi está terminando el siglo XIX, ¿cree usted de verdad que eso puede admitirse como lógico?

—No —suspiró Nathan—. No puede admitirse. Pero me gustaría saber si existe alguna otra posible explicación… más lógica y convincente. Y, desde luego, más razonable.

—Lo siento. No sé lo que sucedió. Lo cierto es que parece todo fuera de lo natural. Y eso no me convence. No creo en monstruos ni en fantasmas.

—Yo tampoco. Pero creer o no creer es cuestión de circunstancias. Si veo ante mí a un hombre-lobo, tendría que aceptarlo inmediatamente, aunque jamás hubiera admitido su existencia.

—Ése no es el caso. Nadie ha visto en Véskad al hombre-lobo de las montañas…

—Quizá sólo una persona: Frida. Y ella no puede hablar ya…

—Sí, quizá solamente ella, Pero usted lo ha dicho: no puede hablar. De modo que sigue siendo todo un perfecto misterio. Yo no puedo aceptar la existencia de un ser de fantasía al que jamás vi. Y veo que usted tampoco, doctor.

—Eso es cierto. Pero si no fue un hombre-lobo, ¿quién pudo ser, en una noche de plenilunio, en las montañas… y sin llegar a devorar a su víctima, limitándose a destrozarla con uñas y dientes?

Hubo un largo silencio. La rubia hostelera miró a su joven huésped. Le siguió con ojos intrigados, en toda su alta figura, realzada por la negra capa de forro oscuro, color vino Burdeos. Finalmente, exhaló un breve suspiro y manifestó:

—No lo sé. Nadie lo sabe. Para unos, fue una fiera de las cumbres. Para otros, el licántropo. Yo me inclino por la primera versión. Pero…

—Pero… ¿qué, señorita Kovac? —Trató de apurar su respuesta el joven doctor Miller, dando unos pasos hacia ella.

—Pero por otro lado, no hay nieve, no hace suficiente frío para que las alimañas sientan hambre y rabia suficiente para descender cerca del pueblo y atacar a los hombres… No sé, doctor. No sé qué pensar, si he de serle sincera…

—Sí, creo que es usted muy sincera —admitió roncamente el doctor Miller.

Y cuando iba a iniciar la retirada a sus habitaciones, afuera, en la calle, sonó un repentino, escalofriante alarido de terror. Una voz de mujer exhaló un terrible grito de angustia, que estremeció por igual a Nathan y a su patrona de La Moneda de Oro.

Luego, simultáneamente, se percibió un ronco gruñido, que terminó en rugido claro, ronco y amenazador…

Inesperadamente, Nathan Miller se precipitó hacia la puerta vidriera de la fonda. Ante la sorpresa de la asustada señorita Kovac, el joven galeno inglés había extraído, de entre los pliegues de su oscura ropa, una pistola de corto cañón, que amartilló, camino ya de la salida, mientras en el exterior se repetía el rugido, con mayor virulencia… y asimismo el grito femenino, aún con mayor pánico y angustia en su tono.

CAPÍTULO III

La rubia y exuberante Ilse Kovac se apresuró a correr en pos de su joven huésped extranjero, ávida por ver qué sucedía en el exterior —aunque en el fondo lo sospechaba—, y al mismo tiempo, para advertir la reacción del médico ante ciertas cosas que a los habitantes de Véskad les eran familiares, y que al inglés de arrogante figura no podría por menor de chocarle fuertemente.

Llegó justo a tiempo de ser testigo privilegiado de la agria escena.

En la calzada de la angosta y serpenteante calle principal del pueblecito húngaro, se hallaban los personajes del pequeño drama recién iniciado con aquel gruñido salvaje y aquel grito de terror, proferido por una garganta femenina.

Eran tres los personajes. Ninguno de ellos sorprendió a Ilse. Quizá porque no era la primera vez que presenciaba algo parecido.

El animal seguía gruñendo amenazador, casi emitiendo ahogados rugidos de rabia y de odio hacia la persona que gritara. La mujer miraba con vivo terror al animal. Y si éste no se precipitaba sobre ella, era gracias a la tensa correa que, con mano enérgica, férrea en su presión, sujetaba el hombre.

Nathan Miller parecía impresionado, ligeramente sobrecogido por el brillo rojizo, cruel y feroz, de los ojos de la bestia amordazada por el bozal y sujeta por la correa tirante. Era imposible que pudiera morder a nadie, pero bajo el bozal, sus dientes eran como pequeños y afilados sables de un blanco acero babeante. Las fauces pugnaban en vano por abrirse, para poder cerrarse luego sobre algo sólido y palpitante. Del negro hocico, caía la baba, brillante y repulsiva.

Pese a todo, hubo de admirar al animal. Era un soberbio, impresionante ejemplar de negro mastín, grande y sedoso, entre

negro y rojizo su vello hirsuto. Un perro capaz de triturar a una persona, si realmente se lo proponía… y si su amo le dejaba.

—¡Quieto, «Lobo»! —Advertía roncamente el hombre—. ¡Quieto, no sigas! ¡Basta, «Lobo», tienes que calmarle, maldito seas!

Difícilmente, a regañadientes, iba obedeciendo poco a poco a su amo. Había energía, autoridad, en la voz de éste. El animal, sin embargo, era una mezcla peligrosa de docilidad y de rebeldía. Contra su natural fiereza, sin embargo, parecía imponerse lentamente la lealtad a la voz del amo.

Y a todo esto, la mujer que había expresado poco antes su terror ante el animal, seguía quieta, contemplando con ojos dilatados al perro. Muy pálida, estremecida, a punto casi de desvanecerse, a juzgar por su aspecto.

—Serénese —avisó fríamente la voz de Miller, cerca de ella—. El perro no atacará ya. Y si lo hiciera, no podría dañarla con sus colmillos, aunque tal vez lo hiciera con su cuerpo y sus patas. Tiene unas uñas muy fuertes y duras. Pero yo tengo un revólver. No dudaría en utilizarlo, esté segura, señorita.

Ella respiró hondo, le miró con sorpresa, y sus ojos se fijaron en el centelleo acerado del arma de fuego que sostenía el forastero. Eso, sin duda, acabó de aliviarla y relajó sus tensos músculos, reduciendo grandemente el terror que la invadía.

El dueño del perro, súbitamente sorprendido, había fijado su mirada en el intruso, sin por ello descuidar la vigilancia sobre su perro, así como la presión enérgica sobre la correa del animal. Hubo algo en su gesto, en su rostro, que reveló disgusto. E incluso ira.

—No tiene por qué intervenir en esto, señor —avisó secamente —. «Lobo» no va a hacer nada a nadie. Fue ella, la señorita, quien se asustó sin motivo ante mi perro, y le excitó con sus gritos. «Lobo» es inofensivo aunque no lo parezca, señor. Y por otro lado, en Véskad no nos gusta que los forasteros se metan en nuestros asuntos. Menos aún con armas de fuego y bravatas.

—No son bravatas, señor —fue la dura réplica de Nathan—. Dispararía sobre ese animal o sobre cualquier otro que fuera peligroso. Dudo que su perro sea inofensivo, en especial si pudiera soltarse de esa correa y no llevara bozal. Pero de cualquier modo, me siento ya obligado a intervenir en favor de cualquier persona de este pueblo, en especial si se trata de su salud o de su integridad

física. No soy un forastero más. Soy un nuevo vecino de Véskad: exactamente, el nuevo médico.

—El nuevo médico… —El hombre del perro entornó los ojos, mirando con frialdad y cierta sorpresa a Nathan. Sus pupilas oscuras brillaron maliciosamente—. Oh, entiendo. El joven inglés que aceptó la vacante, ¿no es cierto?

—Cierto —afirmó Miller—. Y usted, imagino, será el doctor Brosik, veterinario.

—Exacto —hizo una leve, sorprendida inclinación de cabeza, de seca cortesía—. Veo que ya le hablaron de mí… y de mis animales.

—Exacto. Veo que no me engañaron. Hermosos ejemplares. Pero poco sociables, al parecer, si todos son como… como. «Lobo», doctor.

—No dañan a nadie —replicó acremente el veterinario local—. Pero esta señorita se asustó al verse ante él, cuando dobló la esquina, y comenzó a chillar, provocando su sobresalto y enfado. Después de todo, en esta escena tan desagradable y ridícula, solamente yo soy vecino natural de Véskad, doctor. Esta bella y asustadiza joven, es tan forastera como usted mismo.

—¿De veras? —Miller giró la cabeza, contemplando curiosamente a la muchacha de rojos cabellos y grandes ojos azules que, aún pálida, se estremecía, sin poder desviar su mirada del monstruo sujeto por el doctor Brosik—. Ignoraba ese punto, señorita…

—Rolkan —dijo ella—. Roszy Rolkan, doctor… Soy artista del circo que lleva ya dos semanas actuando aquí, y en la cercana ciudad de Gyula anteriormente…

—La belle écuyére, doctor —comentó irónico el veterinario—. Me sorprende su terror a mi fiel «Lobo». Ella, después de todo, está habituada a manejar animales. Monta caballos al galope, cabalga en *poneys*… y comparte el lomo de sus monturas, en él apoteosis final… ¡con un oso y una pantera, doctor! ¿No es admirable que semejante criatura se asuste ante un simple mastín?

—Los caballos son inofensivos, doctor Brosik —sonrió Miller—. En cuanto al oso y la pantera… acostumbran a estar domesticados en los circos.

—También mis perros lo están —cortó con acritud el veterinario —. Si algún día tiene ocasión de verlos a todos en mi casa, doctor,

podrá comprobar que es cierto cuanto digo.

—Nada me gustaría más, doctor, pero me han dicho que no es usted muy partidario de visitas intempestivas…

—Bueno, usted no es tal, doctor, pese a que nuestro primer encuentro no haya sido muy cortés ni social —rió con voz ronca el veterinario—. Está invitado a visitar mi casa el próximo domingo, si no le molesta hacerlo. Pongamos… a la tarde, a la hora de su tradicional té británico. Las cinco en punto. Le estaré esperando. Cualquiera le dirá dónde vivo.

—No faltaré, doctor Brosik —se inclinó el joven londinense—. Nathan Miller, doctor en medicina, a su disposición. Y lamento el incidente…

—Yo también —acarició, pensativo, la formidable cabeza negra de su siniestro mastín. Estuvo seguro Nathan de que tanto el amo como el animal, le miraban aviesamente unos instantes. Luego, con un breve saludo cortés, el veterinario se alejó, tirando de su impresionante animal. Éste emitió un ronco y desagradable gruñido, poco antes de dejarse conducir calle abajo. La rojiza mirada de sus ojos crueles, se había fijado en ese momento en la pelirroja belleza de la artista de circo.

Se quedaron solos en la calzada Miller y la amazona circense. Desde el porche, llegó el suspiro de Ilse Kovac, la cantinera.

—No me sorprende que haya ocurrido —manifestó—. El doctor Brosik tiene unos animales diabólicos. Estoy segura de que si los diera suelta un día, serían como una jauría de fieras sanguinarias, a la caza del ser humano, Especialmente, de las mujeres…

—¿Las mujeres? —Miller giró la cabeza, cruzando su mirada con la de la rubia y joven matrona de La Moneda de Oro—. ¿Por qué, precisamente, las mujeres?

—Porque su amo es un misógino, un solterón solitario que detesta a las hembras… y todos sus malditos perros parecen compartir tales gustos con su amo. El doctor Brosik es un hombre extraño. Y hasta inquietante, diría yo, doctor Miller…

Sacudió la cabeza, y se metió en la fonda. Nathan meditó unos segundos sobre cuanto había visto y oído. Se dio cuenta de que aún apretaba entre sus dedos, apuntando al suelo, el revólver amartillado. Lo guardó bajo su negra capa. Miró a la joven.

—Tranquilícese —rogó—. Todo ha pasado ya, señorita Rolkan.

Fue un incidente desagradable, pero no tuvo trascendencia. Ni creo que la hubiese tenido en ningún caso. ¿Cómo es posible que usted, una joven habituada a tratar fieras en el circo, se asustara ante un perro, por fiero que parezca?

—Ese hombre mintió —dijo ella en un murmullo.

—¿Mintió? —Miller arrugó el ceño—. ¿En qué sentido, señorita Rolkan?

—Mintió al decir que yo me había asustado. No es cierto. Fue el perro el que provocó mi terror. Apenas me vio, comenzó a gruñir de un modo raro, abrió sus fauces, pese al bozal… y sus ojos se le pusieron inyectados en sangre. No parecía un perro, realmente, sino… un lobo. O algo parecido. Lo cierto es que me asusté mucho, sobre todo cuando intentó arrojarse sobre mí, tirando de la correa, sin dejar de gruñir. Grité, y creo que entonces rugió ese perro como una auténtica fiera de la selva…

—Sí, es cierto —admitió el joven médico, afirmando con su cabeza, lentamente—. Yo escuché su rugido. No pensé que fuera de un animal doméstico, la verdad. Aunque esa clase de mastines, puede ser tan feroz y peligrosa como el más sanguinario lobo…

—En el circo, nuestros animales están bien domesticados, son dóciles, nunca atacan… —explicó la joven débilmente—. ¿Comprende ahora que fuese tan tonta como para… para provocar toda esta alarma?

—No, no creo que fuese ninguna tontería su miedo. Lo encuentro tremendamente lógico, señorita Rolkan. Es una reacción que cualquiera hubiera tenido… especialmente sabiendo ahora que el doctor Brosik y sus animales tienen una especial animosidad contra las mujeres…

—Bien, doctor, gracias por su intervención. Ahora, debo dejarle. Me esperan en el circo, y debo ensayar aún, como cada día… —se disculpó la joven écuyére, con súbita impaciencia—. Espero verle en el circo, antes de que nos marchemos. El domingo es nuestro último día de actuación…

—Iré. Le prometo que iré —sonrió Miller, inclinándose ante la joven.

Ella sonrió a su vez, comenzando a alejarse. Llevaba sobre sus hombros una especie de chal o manto oscuro, de lana y piel, que había resbalado ligeramente por la espalda, durante el incidente.

Ahora, se lo subió, hasta tocar su cuello, mientras caminaba presurosa, calle arriba.

Nathan Miller, sorprendido, llegó a descubrir, en el inicio de su espalda, por la amplitud del descote posterior de la pelirroja muchacha, el inicio de unos surcos oscuros, violáceos y alargados. Luego, el manto lo cubrió todo, y Miller se preguntó si aquellas señales eran la huella de alguna caída, posiblemente durante su actuación en la pista circense. Cuando menos, como médico, estaba seguro de que respondían a la existencia de hematomas o cicatrices provocados por algún golpe violento en su espalda…

Lentamente, regresó Nathan a la fonda. Su gesto era preocupado. Estaba seguro de que, subconscientemente, había asistido a la existencia de algo que no estaba nada claro. Algo que daba un siniestro significado a alguna cosa que, en otro caso, hubiera podido ser trivial e insignificante. Pero ¿qué era ello?

Se notaba demasiado cansado para meditar sobre todas esas cosas. Subió al piso alto, donde tenía su alojamiento, y poco después dormía profundamente, recuperándose de la fatiga del largo viaje hasta aquel pueblo húngaro donde tan extrañas cosas sucedían.

* * *

—¿Por qué lo hiciste, estúpida? ¿Qué le hizo cometer esa necedad, maldita idiota?

—Zoltan, por Dios, yo te aseguro que no pude evitarlo, que me asusté y…

—¡Te asustaste! —rugió el hombre, iracundo, irguiéndose en toda su formidable estatura, hinchando sus poderosos músculos cubiertos de vello hirsuto—. ¡Maldita necia, asustadiza torpe! ¡No me gusta que hagas amistades! ¡No quiero que andes por ahí relacionándote con desconocidos! ¡Y tampoco me complace que representes el papel de la inocente medrosa, ante un perro vulgar y corriente!

—Zoltan, te ruego que no me culpes de todo eso… —gimió ahogadamente Roszy Rolkan, con tono aterrorizado—. Yo no pude prever…

—¡Tienes que preverlo todo! ¡Te tengo prohibidas una serie de cosas, maldita seas tú y tu olvidadiza cabeza de chorlito! ¡Estoy

harto de aguantarte tonterías, Roszy, y ésta va a ser la última que tolere!

—No, no… —suplicó ella con ojos desorbitados por un repentino terror que no podía evitar. Se tomó mortalmente pálida—. No, Zoltan querido, eso no… Te juro que… que…

Luego, sus gemidos y súplicas se tornaron gritos, alaridos de dolor y de angustia, cuando Zoltan Farka, domador y director del Circo Danubio, extrajo de entre un montón de ropas y baúles del carromato, un recio látigo de cuero trenzado, cuya correa se remataba por una diminuta bola de plomo de terribles y dolorosos efectos sobre la carne golpeada.

Roszy, encogida, sollozante en medio del carromato, comenzó a recibir trallazos en su espalda, rabiosa y despiadadamente aplicados. Se rasgó su blanco traje de écuyére, salpicado de lentejuelas, y apareció su espalda debajo, surcada a trallazos, con huellas amoratadas y rojizas de más antiguos latigazos.

En el silencio de la noche, terminada la representación circense, el látigo fue cayendo implacable, una y otra vez, hasta levantar la piel rosada de la joven, goteando sangre por su espina dorsal.

Afuera, en los otros carromatos, los payasos y los saltimbanquis, los acróbatas y los equilibristas, se miraron entre sí, con profunda amargura y exasperada impotencia.

—Pobre Roszy… —musitó alguien—. Otra vez…

—Esa bestia la está torturando de nuevo —gimió una trapecista rubia—. No poder hacer nada, no poder evitarlo…

—Quien lo hiciera, estaría perdido —gimió un payaso con el rostro a medio desmaquillar—. Zoltan no perdona. No sólo arrojaría del circo al temerario, sino que lo hundiría para siempre. Nos tiene en sus manos, maldito cerdo…

En las jaulas vecinas, un oso y una pantera negra, sedosa, de malignos ojos verdosos, se agitaron, inquietos, entre gruñidos que parecían acompañar a los quejidos de la infeliz amazona. Los caballos y *poneys*, en el establo montado a espaldas del entoldado circense, se movieron, relinchando y coceando en la tierra húmeda.

Dentro del carromato de Zoltan Farka, siguieron los quejidos y los trallazos, hasta que la inconsciencia se apoderó piadosamente de Roszy, deteniendo el feroz castigo.

El cuerpo, entre jirones de tela blanca, manchada de sangre

como la piel de la muchacha, quedó inerte, inmóvil en medio del vehículo, sobre el suelo de tablas. Zoltan Farka lo miró con ojos inyectados en sangre, sudoroso su cuerpo velludo, de gorila humano, y tomó luego una botella de licor, saliendo ruidosamente del carromato, y perdiéndose en la noche, entre gorgoteos de alcohol.

Sobre el circo, se tendió una calma tensa y artificiosa, en la noche de luna ya creciente, pero todavía amplia, redonda, luminosa en el cielo estrellado…

* * *

El buhonero apuró su trago de licor en la cantina de Hans Wieczk. Luego, soltó un áspero resoplido, sacudiendo la cabeza con angustia. El cantinero le contempló pensativo, desde detrás del mostrador.

—Creo que ya has bebido bastante —avisó secamente Hans, en cuyo rostro rollizo se advertían aún las huellas de días pasados, el impacto del encuentro del cadáver de su amada Frida en los bosques, destrozada por las garras y colmillos de una fiera. Estaba pálido, demacrado, y tenía profundas ojeras.

—¿Bastante? —El buhonero hizo un gesto, encogiéndose de hombros—. Deja que termine la batalla, amigo. Sólo un traguito más.

—Es malo. Muy malo para tu epilepsia, recuérdalo —refunfuñó Hans—. No quiero ser luego el causante de tu ruina, Magy.

—¿Mi ruina, dices? ¡Vete al mismísimo infierno, Hans! ¿Por qué habría de arruinarme el licor más de lo que estoy ya?

—Tu epilepsia, amigo. Si coges otro ataque como el de la semana pasada, estás listo…

—La semana pasada… —El buhonero Laszlo Magy cerró los ojos, con repentina angustia, y sacudió la cabeza—. No me recuerdes eso, amigo. Fue muy malo aquel ataque. Precisamente… precisamente el mismo día de… de lo de la pobre Frida, ¿no es cierto?

—El mismo, sí —afirmó ceñudo el cantinero—. Pocas horas antes de cerrar… te retorcías ahí, con tu ataque… y aunque intentamos ayudarte, saliste corriendo al bosque, y te perdiste en él… Tal vez fue un mal presagio, Magy. De todos modos, no me

gustaría volver a verte en ese estado. Da pena ver a un hombre convertido en un ser como el que te mostraste en aquellos momentos. Magy, ¿por qué no vas al médico para curarte ese mal?

—No serviría de nada —se lamentó el vendedor ambulante, empujando a un lado su caja portátil, repleta de mil objetos diversos—. La Medicina no cura estas cosas. Y yo no tengo tampoco dinero para buscar un médico especialista, Hans.

—Ha venido un nuevo doctor, un extranjero que dicen es joven y muy inteligente, un buen médico, creo que inglés… ¿Por qué no te haces visitar? Si no curarte, cuando menos quizá le sea posible aliviar tu mal…

—No, no —rechazó el buhonero, enérgicamente—. No hay remedio. No quiero ir a ningún médico. No confío en ninguno de ellos. Son charlatanes de feria. Como yo mismo, cuando vendo baratijas…

Soltó una seca carcajada. Tragó el resto de la botella de fuerte vino magyar. Su abultada nuez subió y bajó en el flaco cuello, al tragar. Su rostro enjuto, aguileño, de poblada barba, patillas frondosas y pelo hirsuto y descuidado, muchas veces salpicado, como ahora, de briznas de hierbajos y matorrales del bosque, por los que tan dado era a deambular el vendedor ambulante, revelaba a veces, en un tic nervioso irritante y continuado, el origen de su dolencia, aquella que, mitad por su mal nervioso, mitad por el abuso del alcohol, le convertía de vez en cuando en un desdichado ser convulsionado por temblores que parecían demoníacos. Muchos aseguraban que un epiléptico, en vez de un infortunado doliente, era un poseso de Satán, y sus convulsiones sólo obedecían a la presencia del enemigo en su ser. Si era así, ciertamente, el buhonero Laszlo Magy era un dócil siervo del diablo, porque sus ataques eran realmente estremecedores.

Aquel cuerpo magro, moreno, huesudo y encorvado, parecía poseer, en sus momentos de epilepsia, la fuerza ciclópea de un titán. Hans lo recordaba muy bien ahora. Aún en su brazo robusto, tenía huellas de las uñas y dientes del buhonero, cuando pretendió atenderlo del mejor modo posible. En ese instante, el epiléptico huyó de su cantina, aullando camino del bosque, entre convulsiones, como una fiera herida, y dejando incluso su pequeña tienda portátil, la caja provista de tirantes de ancha goma, volcada

en el suelo con muchos objetos para la venta rotos o averiados.

No, no era agradable ver en pleno ataque a Magy. Hans no deseaba presenciarlo de nuevo. Pero en el fondo, el fornido y simple cantinero no parecía de los convencidos en que aquella dolencia significara posesión satánica, ni mucho menos. Lo único que le inquietaba aún, era lo que de presagio funesto pudiera tener para otros ya que sólo tres o cuatro horas después de la terrible crisis de Magy… Frida era asesinada por una bestia salvaje y maligna, quizá de origen extranatural. Quizá el hombre-lobo de las leyendas eslavas, el werewolf sajón del que podría hablar, quizá, el nuevo doctor inglés llegado recientemente a Véskad. No, no quería un nuevo ataque. No en su cantina, cuando menos. No ante sus ojos…

Y, sin embargo, estaba íntimamente convencido de que otra crisis semejante se aproximaba. Magy había bebido demasiado. Estaba excitado, los redondos ojos de mochuelo le brillaban singularmente. Y su tic nervioso aumentaba por momentos.

—Muy bien, Magy —resopló el cantinero con energía—. Ya has bebido. Ahora, recoge tu caja y lárgate. Es tarde. Cerraré dentro de unos minutos. Entre el circo y lo ocurrido últimamente, la gente sale muy poco de noche… aunque sea festivo, como lo es toda la semana, con motivo de nuestras ferias y fiestas. Y creo que hacen muy bien.

—Hans, por todos los diablos, yo no tengo sueño —se quejó el buhonero, poniéndose en pie torpemente—. ¿Por qué diablos no me das otra botella y…?

—¡Ni lo pienses! —Cortó abruptamente Hans—. Vamos, puedes irte ya con la música a otra parte, amigo. Y conste que lo hago por tu propio bien.

—¿Ni siquiera… una copa, una sola copa más, como despedida?

—Ni una gota. Vamos, vamos, Magy. Llevas encima más alcohol del que me cabe a mí en esa barrica del mostrador. De modo que ya puedes irte en hora buena y no complicarte más la vida, muchacho. Ni complicármela a mí, claro está. Buenas noches, Magy.

—Buenas noches, Hans, por todos los diablos —se quejó amargamente el buhonero, cargando sobre sus hombros la ancha goma que sujetaba su caja de venta—. Y el diablo te lleve, si has hecho esto por tu comodidad y no por mi bien.

—Tú, que tienes fama de endemoniado, serás sin duda bien

informado por el diablo de lo que me movió a echarte de casa esta noche —rió Hans viéndole salir de la cantina, con su aire pesaroso, de beodo disgustado.

Aún desde fuera, Magy puso un gesto malhumorado, que los vidrios de colores de la puerta deformaron extrañamente. Y se oyó su ronca voz aguardentosa replicando a Hans:

—¡Endemoniado! Debería estarlo realmente para responder del modo adecuado a esa gentuza que se cree tales patrañas, malditos sean todos…

Se alejó refunfuñando, en dirección al bosque. Su figura se perdió en la distancia, recortada por la luna nítidamente, sintiéndose el crujir de hojarasca bajo sus pies pesados y lentos, de hombre cansado de andar de un lado para otro… y también saturado de ingerir fuertes vinos y licores de la región.

Hans se quedó quieto, pensativo, con expresión sombría. Preguntándose si, realmente, sus presentimientos de poco antes se llegarían a cumplir, y no tardando muchos minutos, el pobre Magy sufriría otro de sus ataques de epilepsia. Y si ese ataque, de existir, podría ser, de nuevo, mal presagio de algún nuevo suceso sangriento y horrible, como aquella otra noche atroz e imborrable…

No habían transcurrido aún cinco minutos, cuando la sangre pareció helarse en las venas del cantinero Hans.

Allá, procedente del bosque, le llegó el humano alarido ronco en la voz inconfundible de Laszlo Magy, el buhonero. Irguió Hans Wieczk su cabeza maciza, escuchando, petrificado.

Tras el alarido, doloroso y crispado, su voz pareció cambiar, tomarse un rugido ronco y siniestro, entre gran ruido de arbustos removidos y quebrados…

Luego, reinó un extraño, profundo, pavoroso silencio.

CAPÍTULO IV

La señora Vaszary se envolvió mejor en su chal. Inquieta, miró en derredor, sobre la cerca del establo de su casa campestre, en los arrabales de Véskad.

Se había hecho tarde, mientras terminaba las tareas de la jornada. Demasiado tarde. Su marido, recién llegado de la ciudad de Gyula, en la diligencia de aquel día, se había ido con unos amigos, a tomar unas copas en la fonda de Usa Kovac, La Moneda de Oro, y ella había tenido que quedarse sola en la casa, ultimando los trabajos del día.

No le gustaba trabajar de noche, y menos aún en los corrales, al aire libre, bajo aquella luna casi redonda, cuyo círculo exterior parecía haber sido roído en los últimos días, ya en su fase menguante. Era casi luna llena. La luna llena para los eslavos, siempre era motivo de inquietud, especialmente para mujeres. La señora Vaszary, profundamente religiosa, casi fanática en sus convicciones, era fácil presa de las supersticiones, especialmente de aquellas que el reverendo mencionaba en los sermones dominicales, aludiendo a la presencia maléfica del enemigo, a la existencia real del diablo entre ellos, como un adversario sutil y temible, capaz de apoderarse de las almas indefensas, convirtiéndolas en sus fieles siervos para el mal.

Así, las leyendas de poseídos, de hombres capaces de transformarse en fieras durante el plenilunio, por voluntad expresa de Satanás, los siniestros sabbats de los endemoniados, y los aquelarres de brujas, íncubos y súcubos, eran cosa fácilmente creíble y hasta normal para la mente fervorosa y creyente de la buena señora Vaszary.

La mujer respiró con alivio cuando hubo terminado de poner el heno fresco a los caballos, retirar los huevos del gallinero, limpiar

los abrevaderos y dejar a los cerdos en su pocilga, emitiendo ronquidos de satisfacción antes del descanso nocturno.

Cerró la última puerta, y se dispuso a entrar en la casa. El chal se le cayó en tierra, junto a la puerta de la caballeriza, y se inclinó a recogerlo, dejando a un lado el cesto con los huevos.

El gruñido ronco sonó muy fuerte ahora. Giró la cabeza, sorprendida, diciéndose que los cerdos escandalizaban esta noche más que de costumbre. Al mismo tiempo, por el sendero, más allá de la cerca y de la casa, percibió el rodar de un calesín tirado por un solo caballo, y respiró con fuerza, sacudiendo la cabeza.

Su marido regresaba a casa, quizá con algunas copas de más. Pero era un alivio, para una mujer solfa y temerosa de las artes de Satanás, sentirse cerca del hombre de la casa, aunque el aliento de éste apestara a buen vino o a aguardiente. El ronquido se repitió, más fuerte todavía, incluso ahogando el rodar del carruaje.

Luego, inesperadamente, se convirtió en un sonido espeluznante, largo y terrible: ¡un aullido agudo, feroz, demoníaco, que retumbó desgarradoramente en los tímpanos de la señora Vaszary!

Se irguió, incrédula, estremecida de horror, y de nuevo el chal negro, de recia lana, cayó de sus dedos ateridos, crispados por el miedo. Los ojos de la infeliz mujer se clavaron alucinados en la cerca… cuando por encima de ésta surgieron las pupilas rojizas, malignas y feroces, las fauces abiertas, babeantes, los colmillos afilados y terribles…

El grito quebrado, el sollozo ronco, de pánico incontenible, de la pobre señora Vaszary, coincidió con un nuevo aullido escalofriante. Una forma ágil, oscura y silenciosa, de poderosas zarpas engarfiadas, saltó sobre ella, salvando la cerca.

Aullido animal y grito humano se mezclaron extrañamente, un momento antes de que las ropas y la carne humana crujieran, desgarradas por fauces y zarpas, en un ataque despiadado, cruel, desgarrador…

La sangre saltó violentamente, chorreó sobre la cerca, empapó de escarlata los blancos huevos apilados en la cesta, que se volcó, movida por unas patas velludas, y fueron pisoteados, rotos, aplastados, por esas mismas patas, mientras la carne seguía salpicándolo todo horriblemente, y el cuerpo de una mujer indefensa se agitaba, como una piltrafa roja, entre estertores de

agonía, bajo una forma oscura, velluda y feroz, que emitía roncos gruñidos de complacencia.

* * *

—¡Marikka! ¡Marikka, querida! ¿Qué ocurre? ¿Qué es lo que sucede ahí…?

Vaszary había saltado de su calesín. El caballo de tiro piafaba inquieto, agitando sus patas, coceando al aire con ojos desorbitados, como olfateando el horror cercano, la sangre derramada, la vecindad de la muerte, del monstruo aniquilador…

Sólo aquellos ronquidos feroces le respondían. Tomó un rifle de su vehículo, y corrió con él hacia la casa, perdida ya la torpeza de movimientos que le producía la bebida, despejada súbita y brutalmente su cabeza de los vapores del alcohol…

—¡Marikka! —Siguió llamando estentóreamente a su esposa—. ¡Marikka, por el amor de Dios, responde…!

Esta vez, fue un aullido. Un largo, lastimero y estremecedor aullido animal el que respondió a su llamada. Frenético, dominando su terror, temblorosas las manos, pero capaz en su exasperación de enfrentarse a lo más terrible, golpeó la puerta cerrada del edificio. Luego, percibió ruido allá en los corrales. Rápido, rodeó la casa, buscó la cerca…

No supo qué sucedía exactamente, pero alcanzó a vislumbrar la figura que corría agazapada, sendero adelante, en dirección a la vecina arboleda. La luna, oculta por algunos árboles, iluminaba desigualmente la escena.

Vaszary apuntó a la figura que huía a cuatro patas, borrosamente visible entre los troncos del bosquecillo. Disparó su rifle dos veces. Un nuevo aullido prolongado le llegó de la arboleda.

Luego… ¡ante los ojos alucinados de Vaszary, la figura agazapada se incorporó… y el infortunado descubrió, con horror infinito, la forma velluda de un cuerpo en pie sobre dos piernas! ¡Un ser humano… con apariencia animal!

Aquel monstruo increíble, se alejó dando saltos simiescos en la espesura. Desapareció de su vista, sin que él tuviera tiempo siquiera de hacer un nuevo disparo de rifle.

Se detuvo, jadeante, junto al muro. Trató de escuchar. Llamó, con voz ronca:

—Marikka… Marikka, ¿estás ahí? Soy yo, tu esposo…

No respondió nadie. Vaszary, muy pálido, aferrando con una mano su rifle, tomó un peñasco cercano y lo empujó hasta adosarlo a la valla. Gracias a ese punto de apoyo, logró alcanzar la parte alta de la cerca, y saltar luego a los corrales de su casa…

Allí, el horror le inmovilizó, incapacitándole para cualquier reacción. Sus ojos desorbitados, en medio de un rostro blanco como el yeso, se clavaban, incrédulos, en aquel amasijo humano que un día fuera una mujer llena de vitalidad. En aquellas horribles manchas de sangre, copiosamente dispersas por doquier, en torno al desgarrado, irreconocible cadáver…

Balbuceó algo, quiso hablar, llamar a su esposa. Era en vano. Ni ella le hubiera podido escuchar ya… ni de sus labios convulsos brotó otra cosa que un gorgoteo, un sonido inarticulado, que casi ni era humano ya.

* * *

Nathan Miller dejó caer la manta sobre los restos humanos. Respiró hondo, cerrando los ojos. Sus manos enguantadas se apretaron entre sí, nerviosamente. Caminó unos pasos, alejándose del cuerpo tendido en tierra.

A su lado, el alguacil Koczas revelaba el mal humor en su rostro sombrío, ceñudo, mal afeitado aquella madrugada, mientras las livideces de un nuevo día rompían por detrás de las montañas, alargando las sombras lúgubremente en el corralón de los Vaszary.

—Otra vez… —suspiró—. Y ahora ya no parece haber dudas, doctor…

Miller miró al alguacil. Apretó los labios, indeciso. Luego, preguntó:

—¿Dudas sobre qué?

—Sobre la naturaleza de la agresión, doctor. Usted ha oído la declaración de ese pobre hombre…

—¿De Vaszary? —Asintió despacio el joven médico—. Sí, la he oído. Y me ha parecido sencillamente increíble.

—¿Increíble? ¿Cree que él miente, doctor?

—No, claro que no. Lo que dudo es que su visión fuera lo bastante buena para ver lo que dijo ver, estando preocupado por la suerte de su esposa, llevando encima unas cuantas copas de más, y

estando el bosque tan oscuro, a causa de la posición de la luna en esos momentos.

—En otras palabras, doctor: usted no cree en el hombre-lobo.

—El hombre-lobo… —repitió sordamente Nathan. Sacudió la cabeza de un lado a otro—. El werewolf… él plenilunio… Sí, todo coincide, Koczas, pero…, pero en buena lógica, esas cosas no pueden suceder.

—Quizá en su Inglaterra no ocurra. En Londres sería raro ver a un hombre-lobo, pero… no en Hungría. No en los países de Centroeuropa, doctor Miller.

—Quizá —suspiró Nathan—. De cualquier modo, me reservo aún mi criterio, alguacil. Conviene examinar todo esto más a fondo, tratar de ver si… Hola, ¿qué os eso, Koczas, amigo mío?

—¿Eso? —El alguacil se inclinó hacia el suelo, con un respingo, ante la indicación del médico. Al lado del cadáver tapado piadosamente por la manta, continuaba Vaszary, el esposo de la mujer muerta, hablando roncamente con el juez Mohln, de Véskad —. ¿A qué se refiere, doctor?

—Ese cesto de huevos aplastado… Hay sangre, huellas de pisadas en ello… Sangre, yemas y clara, todo en confusa mezcla… Vea. Sigue un camino. Primero hacia el cadáver. Luego, hacia la valla… Eso quiere decir que el animal escapó de la escena de su brutal ataque, tras mancharse sus patas de sangre, pero también de huevos rotos. Unas huellas mucho más fáciles de seguir que las de la sangre, que se seca pronto, alguacil. El huevo es viscoso, pegajoso… y deja señales en donde queda su mancha. ¿Seguimos esa ruta, a ver adónde nos conduce?

—Sí, me parece mejor que nada —asintió Koczas—. Vamos a rodear la casa…

—No —rechazó Miller—. Eso, hágalo usted. Yo seguiré el rastro, tal como está. Saltaré la valla por donde lo hizo ese animal. Nos reuniremos afuera…

Así se hizo. El juez y el propio Vaszary, miraron con asombro la maniobra del joven médico, cuando éste hizo pasar su alta figura vestida de negro, entre los flotantes pliegues de su capa, al lado opuesto de la alta valla de piedra.

Se reunió con Koczas al otro lado. El alguacil señaló en una dirección determinada, hacia el arbolado vecino. En dirección

opuesta a la agrupación de viviendas que formaban el pequeño pueblo montañés de Véskad.

—Por ahí —dijo—. Las huellas son claras.

Lo eran. Miller y él las siguieron. Manchas pegajosas, ya secas, destacaban en el suelo. Unas veces eran cristalinas, de clara de huevo. Otras, amarillenta o rojiza, según fuesen de yema o mezcladas con sangre humana. La sangre pronto desapareció de las manchas viscosas, quedando solamente los tonos transparente y amarillo, de trecho en trecho.

—Parece que el amigo Vaszary no vio tan mal como imaginaba —comentó de pronto Nathan, con tono sombrío, no exento de sorpresa—. Primero, eran huellas a cuatro patas. Ahora… ahora sólo son a dos patas, Koczas.

—Eso… eso significa que… ¡que existió un hombre-lobo! —gimió Koczas, boquiabierto.

—Parece que sí —admitió Miller, encogiéndose de hombros—. Sigamos…

Siguieron, incansablemente, hasta llegar a una hondonada. Allí, Nathan se detuvo bruscamente, con el desaliento reflejado en su rostro. Miró ante sí.

—El vado del arroyo… —murmuró—. Aquí termina todo rastro…

—Desgraciadamente, así es. Al otro lado, ya nada podemos esperar. Sin embargo, intentemos.

Lo intentaron. En vano, como esperaban. Las huellas del animal —o de lo que fuese aquella criatura—, ya no existían en la espesura. Miller se detuvo, defraudado. Miró ante sí. Una columnilla de humo se alzaba, no lejos de ellos, entre la arboleda. La miró, intrigado.

—¿De dónde procede eso, alguacil? —quiso saber el joven médico.

—¿El humo? Es de la casa de los Ozdar.

—Los Ozdar… El hombre inválido y la bella Lilian Ozdar, mi compañera de viaje, junto con el pobre Vaszary… —comentó Nathan.

—Hum, pudo ser peligroso para ella —añadió Koczas, preocupado—. Sólo tienen una sirviente, una mujer. Janos es un inválido… Por Dios, si esa bestia llega a meterse ahí anoche…

Nathan no comentó nada. Dio unos pasos más, hasta vislumbrar,

allá en la distancia, un hacinamiento de edificios, un amplio claro… y un entoldado en él, junto a barracones y carromatos.

—El circo… —dijo entre dientes—. No está lejos de la vivienda de los Ozdar…

—No, nada está lejos en esta región —suspiró Koczas—. Las montañas dejan poco terreno para edificar y vivir a quienes no sean leñadores o cazadores, doctor. Más allá del circo y de esas viviendas que forman el arrabal sur de Véskad, está el sendero que conduce a la casa del doctor Brosik…

—¿También a casa de Brosik? —Miller arrugó el ceño, inclinando la cabeza—. Sí, ya veo. El hombre-lobo… o quienquiera que fuese… utilizó un camino evidentemente muy frecuentado, amigo mío.

—Sí, eso parece. Sin embargo, nadie ha debido verlo, tras dispararle el señor Vaszary. No he sido informado de nada en ese sentido.

—Seguro que nadie lo vio… Y si alguien lo hizo, es obvio que ha callado para sí la noticia —murmuró con voz cansada el médico—. Regresemos, Koczas. Creo que ya está hecho todo lo que estaba en nuestra mano intentar…

En silencio, taciturnos y como derrotados, ambos hombres regresaron a la vivienda ensangrentada de los Vaszary.

* * *

—¿Preocupado, doctor?

—Sí, mucho, Ilse —tomó un sorbo de cerveza, y paseó ante el fuego vivaz del hogar, con expresión ensombrecida—. Hoy he presenciado cosas horribles. Nunca creí que pudiera asistir a un suceso tan impresionante.

—Oh, la pobre señora Vaszary… —Ilse Kovac, la rubia hostelera, afirmó lentamente—. Y antes de ella, la infortunada Frida… Este lugar parece realmente maldito, doctor Miller. Como si fuera cierto que el diablo está entre nosotros.

—Tal vez lo esté —musitó Nathan pensativamente. De pronto, lanzó una pregunta inesperada—: ¿Sabe si hay gorilas en el circo?

—¿Gorilas? —Ella enarcó las doradas cejas con gran asombro. Luego, un pliegue se marcó en su ceño, y finalmente negó despacio con la cabeza—. No, no hay gorilas. Yo estuve a ver el espectáculo

la otra noche. No vi gorilas.

—¿Ni chimpancés, o cualquier otra especie de mono gigante?

—No, no, en absoluto. Sólo caballos… y una pantera y un oso.

—¿Una pantera y un oso? —Nathan reflexionó—. ¿Qué hacen esos animales en la pista?

—Parecen muy dóciles. Van a lomos de un caballo, junto a esa joven, la amazona que usted conoció ayer ante este edificio… la señorita Rolkan.

—Roszy Rolkan… con una pantera y un oso. ¿Y tiene miedo de un perro?

—Bueno, ya le he dicho que parecían sumamente domesticados e inofensivos. Cosa que no se puede decir del perro del doctor Brosik. Ni de ningún otro de sus animales.

—Sí, eso es cierto… —Nathan extrajo cuidadosamente de su bolsillo interior de la oscura levita, un sobre cerrado, cuyo interior escudriñó a la claridad del día que se filtraba por las vidrieras de colores—. Veremos lo que saco en claro de examinar esto al microscopio, cuando suba a mi habitación, señorita Kovac…

—¿Eso? ¿Qué es lo que lleva ahí? —Se intrigó la exuberante rubia, acercándose a él y sin preocuparse demasiado del hecho de que sus potentes pechos oprimieran el brazo del joven médico.

—Pelos —dijo Nathan, notando la firmeza inquietante de aquel torso de mujer contra su propio cuerpo. Se volvió a mirarla. La tenía muy cerca, y la rubia Ilse Kovac miraba fijamente hacía sus labios y sus ojos—. Pelos rojizos… Parecen de animal. Estaban sobre el cadáver de la señora Vaszary. Me gustaría saber de qué clase de animal pueden ser…

Suspiró, guardando el sobrecito de nuevo. La rubia mujer no se despegó de él por eso. Pero Nathan, bruscamente, se apartó, echando a andar hacia la escalera ascendente.

—Creo que saldré de dudas ahora mismo —dijo—. Quiero hacer hoy una visita anticipada a alguien… sea bien o mal recibido.

Y dejó a la rubia y opulenta hostelera con una expresión de desencanto en su rostro.

* * *

—¿Pelos… de lobo?

—Sí, doctor Brosik. Eso he dicho.

—Sí, claro. Sabía que le había oído bien. Simplemente, repetía lo que usted dijo. ¿Qué deduce de ello?

—No lo sé. Estoy tratando de averiguarlo. Por eso he venido a verle. Usted es doctor en veterinaria. Sabe de animales mucho más que yo.

—Sobre los lobos, todos sabemos más o menos lo mismo, doctor Miller —suspiró el veterinario, encogiéndose de hombros. Se puso en pie y paseó por su sala de consulta, en el mismo edificio de Véskad donde se hallaba un consultorio de urgencia y de asistencia médica para casos de emergencia. Tras él, animales disecados adornaban algunos muebles del sobrio despacho de desnudos muros y gran ventanal por el que entraba la claridad del día—. ¿Espera una disertación técnica, quizá? Porque tiene a dos manzanas la Biblioteca Pública, y puede por sí mismo…

—No, doctor Brosik. No me interesa consultar una enciclopedia zoológica. Quiero saber si un lobo puede atacar a un ser humano, huir a cuatro patas… y cuando es atacado a tiros, ponerse sobre dos de ellas y correr más deprisa.

—Amigo mío, ambos sabemos que eso es imposible —rió sardónicamente el veterinario—. ¿Quién afirma tal cosa?

—Vaszary. Fue testigo del hecho.

—¡Vaszary! —soltó una breve carcajada el veterinario, acariciándose su barbita oscura, bien recortada—. Por Dios, doctor, ¿va a creer a un hombre habituado a tomar siempre un par de copas de más… y en plena noche?

—Había luna llena. El jura y perjura que es cierto. Y sobre el cadáver había pelos rojizos. Los he examinado minuciosamente. Todo concuerda. Son de lobo.

—Ya. Usted cree en el hombre-lobo.

—No, claro que no. Lo que quiero es saber qué clase de animal puede poseer semejantes garras y colmillos, huir sobre sus extremidades posteriores, y ser capaz de destruir a un ser humano… sin intentar devorarlo.

—Esos detalles no concuerdan con un lobo, doctor.

—Lo sé. Quería conocer su opinión profesional al respecto. Llegué a pensar en… en un gorila. O en un oso. Pero los destrozos no coinciden con esa clase de animales, creo yo.

—No hay gorilas en Véskad —negó el doctor Brosik—. En

cuanto a osos… sólo en invierno y con nieve surgió alguno en las montañas. Pero jamás bajó a la población. Ahora hay uno en el circo, en cautiverio. ¿Cree seriamente en esa posibilidad?

—No sé qué pensar. Quizá por eso esté aquí ahora, doctor.

—Sí, comprendo… —Brosik se mordió el labio inferior—. Podría pensarse también en perros salvajes.

—¿Perros salvajes?

—Los hay a veces en las montañas, en mayor cantidad que los lobos. Son más feroces aún. Claro que su pelo se confunde con el de los lobos, lo mismo que su apariencia, pero… sólo atacan hambrientos. Y se comen su presa, por supuesto. Eso tampoco le sirve, ¿no, doctor?

—No, tampoco. Ni serviría para pensar en un fugitivo velludo… que de repente escapa a dos patas, ágilmente.

—Volvemos al mítico hombre-lobo —rió despectivo Brosik—. Si es que se empeña en creer el testimonio de Vaszary, claro está.

—Por ahora, es el único que tenemos.

—¿Tenemos? —El veterinario le miró curiosamente, como sorprendido—. ¿Habla usted como médico o como policía, doctor Miller?

—Como ambas cosas. Tengo que actuar de forense en este asesinato. El alguacil Koczas es la única representación de la ley en Véskad. Necesita ayuda.

—Y usted, un brillante médico inglés, va a dársela… ¡cómo detective! —Brosik soltó una carcajada harto desagradable.

—Sí —afirmó fríamente Nathan, camino de la salida—. Eso es, justamente. Bien, doctor. Gracias por todo. ¿Sigue en pie su invitación para el domingo?

—Por supuesto. En mi casa, al té de las cinco —sonrió irónico el veterinario—. No falte. Conocerá hermosos ejemplares de mastines, de perros feroces y magníficos, ya que ahora parece interesarse tanto por los animales…

—Sí, será muy interesante, doctor. Lástima que sus perros tampoco caminen sobre dos patas, supongo… —Y con una sonrisa irónica cerró tras de sí la puerta del consultorio de veterinaria, dejando a un doctor Brosik ceñudo y, tal vez, irritado.

CAPÍTULO V

—Es una agradable sorpresa, doctor Miller… Pase, se lo ruego… Janos tendrá un gran placer en conocerle. Le he hablado de usted y de nuestro viaje en la misma diligencia, desde Gyula…

Lilian Ozdar hizo pasar a Nathan Miller a un gabinete coquetón, confortable y muy acogedor. Las cortinas eran de terciopelo verde, y los muros aparecían adornados con estanterías repletas de libros, cornucopias y cuadros de pintores europeos del siglo XVI. La luz, suave, tamizada por unas cortinas pulcras, estampadas, destacaba el tono pardo de los bellos ojos de la dama, así como el color miel de sus cabellos.

—Lamento molestarles, señora —se disculpó Nathan con voz cortés—. Lo cierto es que debí esperar a que fuesen ustedes quienes me visitaran a mí en mi nueva consulta de Véskad, pero no resistí la tentación de acercarme aquí y hacerles una visita.

—¿Visitarle nosotros a usted, doctor? ¿Con qué motivo? —La voz varonil sonó áspera, incluso poco amistosa—. ¿Acaso es de los que creen que una invalidez se puede curar de la noche a la mañana por medios mágicos?

Nathan se volvió. Lilian Ozdar también, con gesto inquieto y de evidente disgusto. La silla rodante acababa de pasar a través de las recogidas cortinas verdes bordeadas de bolas de hilo dorado. El joven médico captó eh seguida la adustez, la acritud inevitable en un lisiado, en un hombre aún joven, físicamente fuerte, y de inteligencia clara, sometido a la lenta, implacable tortura de una vida sujeto a la silla de invalidez.

Ozdar era un hombre alto, esbelto, pero fuerte, de facciones angulosas, dura mirada oscura y cabello castaño, descuidado y abundante. Hacía rodar la silla casi rabiosamente, produciendo un acre chirrido en las tablas del suelo entarimado, cubierto de lustrosa

cera.

—Janos, por favor… —terció su mujer, dolida—. El doctor es un buen amigo. Ha venido a visitarnos de buena fe, no se merece semejantes palabras tuyas…

—Es cierto —el gesto permaneció duro, pero los ojos oscuros se dulcificaron en parte, fijos en el joven galeno—. Perdone, doctor Miller. No debí expresarme así.

—No tiene por qué disculparse, señor Ozdar. Comprendo que no crea en milagros. Yo tampoco, si he de serle sincero. Si su invalidez proviene de una lesión dorsal o cosa parecida, no existe remedio en la medicina actual, y usted lo sabe. Sólo nos queda la esperanza de la lesión nerviosa, de lo puramente psíquico. Si fuera así, usted volvería a andar. Pero no habría magia en ello.

—Volver a andar… —resopló Janos Ozdar. Tendió su mano abierta hacia Nathan, con cierta desgana. Evidentemente, no era un hombre amable, por mucho que se esforzara en ello—. Yo no alimento esperanzas, doctor. Sé que no es cosa psíquica. Mi mente desea mover los miembros inútiles. Son ellos los que no ceden.

—La cuestión, a veces, es mucho más compleja que todo eso —señaló gravemente Nathan Miller, aunque dibujó una sonrisa en su rostro—. Pero no he venido a verles como médico. Eso ha de esperar a que usted mismo lo decida así, por supuesto. Ahora soy solamente Nathan Miller, un forastero, un extranjero en su tierra, que desea tener amistades, relaciones, en este lugar donde va a vivir quizá durante años…

—¿Soportará usted tanto, doctor? —dudó Janos Ozdar. Miró casi con odio hacia las ventanas—. Este lugar es horrible. No hay nada grato en él, puede creerme.

—Mi esposo exagera —sonrió Lilian rápidamente, interrumpiendo la conversación—. Siéntese, doctor. ¿Le apetece un vino de la región? ¿O tal vez café, té como en su Inglaterra natal?

—Me inclino por el vino de la tierra —suspiró Miller—. El té queda mejor en Londres, señora. Me gusta probar lo típico de cada país.

—Es un inglés muy especial —dijo Janos Ozdar haciendo rodar su silla hasta la mesa cubierta por un rojo tapete, no lejos del hogar a medio arder—. Sus compatriotas siempre se aferran a sus propias tradiciones, no a las ajenas.

—Eso es anclarse un poco en el tiempo —rió Nathan—. A mí me gusta todo lo nuevo, amigo mío. Cada región, cada país, tiene su fisonomía propia, sus cosas, sus tradiciones…

—Véskad sólo tiene una tradición, doctor —se lamentó Ozdar—. Los hombres-lobo…

—¡Janos! —le reprochó su mujer, con gesto preocupado—. No hables así, por favor…

—¿Le asustan los hombres-lobo, señora Ozdar? —preguntó suavemente Miller a la dama.

Ella parecía inquieta, incómoda con el nuevo tema de conversación. Movió la cabeza, dubitativa.

—No quiero creer en cosas tan horribles. A pesar… a pesar de todo lo sucedido, doctor.

—¿Le contaron ya lo de la esposa de nuestro compañero de viaje, el señor Vaszary? —Ante el estremecido asentimiento de ella, Nathan continuó, notando fija en él la oscura y ardiente mirada del inválido—: Yo me cuido de ello como forense. Mañana será la autopsia. Pero ha sido espantoso, créanme.

—Lo creo —ella cerró los ojos. Estaba más pálida. Respiraba agitadamente—. ¿Qué clase de animal pudo hacerlo?

—Un lobo —dijo Nathan, escueto, casi seco.

—¿Un lobo? —Lilian abrió mucho sus ojos, con asombro—. ¿Está seguro, doctor? Herta, nuestra criada, nos ha contado que el señor Vaszary vio huir a un animal… en pie sobre sus patas traseras. Eso no podía ser un lobo.

—Tal vez sí era un hombre-lobo —insinuó su esposo con sarcasmo.

—Tal vez —admitió Nathan, volviéndose de nuevo al inválido—. ¿Usted cree en ellos, señor Ozdar?

—¿Por qué no? —Se encogió de hombros—. He nacido entre historias y leyendas parecidas. Todo el mundo hablaba de licántropos a la luz de la luna, pero jamás vi ninguno, aunque según las viejas comadres, cada aullido en la noche de luna llena procedía de un hombre convertido en lobo… Acabé por admitirlo como algo natural. Otros decían que los hombres-lobo eran solamente enfermos, epilépticos que sufrían ataques demenciales y asesinaban a quien tuvieran cerca. Incluso había una peregrina teoría pseudo-científica, doctor Miller. Tal vez por eso me empecé a aficionar de

muy niño por la Química… y me hice químico.

—No le comprendo, señor Ozdar. ¿Qué teoría era ésa?

—Se decía que el hombre-lobo era un ser humano que, bajo el efecto de un diabólico brebaje, se transformaba de noche en lobo, para dar rienda suelta a sus instintos más perversos. Al parecer, nuestro licántropo poseía un surtido laboratorio secreto y mágicas fórmulas endemoniadas, para conseguir tal cosa. Le confieso que, una vez hecho químico, no volví a pensar en la búsqueda de semejante brebaje —concluyó con una carcajada.

—Es una teoría interesante —aceptó Miller—. Lástima que no la haya comprobado personalmente, señor Ozdar, para proporcionar semejante hallazgo a la ciencia…

—Decían entonces que incluso un inválido podía convertirse en un ser feroz, poseedor de una fuerza brutal… y el brebaje le privaba de su invalidez mientras duraba la mutación. Si eso fuera cierto, doctor Miller… yo aceptaría gustosamente la experiencia de ser un hombre-lobo…

—Sí, lo imagino fácilmente… aunque no sería tampoco una situación envidiable —comentó Nathan, sombrío—. Aquello que no es de este mundo, señor Ozdar, difícilmente puede reportar satisfacción a quien lo lleve a cabo.

—Habla usted muy seriamente —rió Janos Ozdar entre dientes, con súbita hilaridad—. Cielos, sólo le comentaba algo hipotético, una fantasía. Le aseguro que si andan buscando a un auténtico hombre-lobo… ése no soy yo, para suerte o para desgracia mía.

—Están teniendo una conversación horrible —se quejó vivamente Lilian, sirviendo los vinos en copas de cristal tallado—. ¿Por qué no hablamos de otras cosas, por Dios?

—Quizá porque el doctor Miller no ha venido aquí sino a hablar de ese asunto, en realidad, querida Lilian —apuntó inesperadamente el inválido.

Nathan miró con sorpresa al hombre de la silla rodante. Luego, a la esposa, tan extrañada como él. A ambos estudiaba burlonamente Janos Ozdar con ojos maliciosos.

—¿Es eso cierto, doctor? —indagó Lilian, perpleja.

—Creo que su esposo se aproxima mucho a la verdad, señora —admitió fríamente Miller.

—Pero… ¿por qué? —Miró alternativamente a ambos la bella

dama—. ¿Qué podemos tener nosotros que ver en el asunto de esas terribles muertes y del presunto hombre-lobo?

—Querida, debiste fijarte bien en lo que Herta contaba esta mañana sobre lo sucedido en casa de los Vaszary —sonrió Ozdar—. Mencionó que el alguacil y un alto caballero extranjero habían llegado hasta muy cerca de esta casa, siguiendo unas huellas en la tierra, según parecía. Y al alcanzar el arroyo, desistieron, volviendo atrás. Evidentemente, el «caballero alto y extranjero», tenía que ser el doctor Miller. Y si seguía algo con el alguacil, hasta cerca de nuestra casa… no podían ser sino las huellas del monstruo…

—Le felicito. Excelente deducción —admitió el médico inglés inclinando la cabeza—. Sí, ya saben ahora por qué anticipé mi visita a su casa. Lo que me interesaba era saber si anoche escucharon algo, si percibieron algún ruido o sonido poco usual… e incluso si llegaron a ver algo insólito cerca de su casa…

—Dormíamos ambos, doctor —explicó Lilian—. Cada noche se perciben ruidos en el bosque. Y también gruñidos de animales. Creo que anoche fue como cualquier otro día. No capté nada fuera de lo normal.

—Sí, entiendo —suspiró Miller—. Era una posibilidad muy remota, de todos modos.

—Pero valía la pena intentarlo, doctor… —Le miraba Ozdar fijamente—. Sobre todo, si usted también había oído hablar de la leyenda del brebaje químico, ¿no es cierto?

Y sin añadir nada, bruscamente, dio media vuelta a su silla de ruedas y salió de la estancia, haciendo crujir las tarimas con fuerza.

Lilian y el médico se quedaron solos en el gabinete, ante las copas de vino. Janos no había tocado siquiera la suya. Ella mordió su labio inferior.

—Debe disculparle —musitó—. Es muy raro. Desde su accidente… no volvió a ser el mismo.

—No tiene importancia —murmuró Nathan—. Comprendo lo que siente. Muchas personas, al quedar inválidas, sufrieron ese mismo cambio de carácter… ¿No tiene ningún entretenimiento en su invalidez?

—Lo normal: la lectura… y su laboratorio, al que acude con frecuencia para trabajar y distraerse —bruscamente, miró a Miller con preocupación—. Pero, desde luego, no buscó nunca fórmulas

secretas ni alquimia prohibida, doctor…

—Cielos, claro que no —rió entre dientes Nathan de buena gana —. Ni se me ocurrió pensar en ello…

Pero mentía. Lo cierto es que sí se le había ocurrido pensarlo. Y aunque parecía tan grotesco, tan absurdo… era una posibilidad.

* * *

La vigorosa mano tomó el látigo entre sus nervudos dedos. Avanzó unos pasos, amenazadoramente, enarbolando la tralla en alto. En sus jaulas, el oso y la pantera se movieron, inquietos, entre gruñidos sordos, como presintiendo algo malo. Los caballos, especialmente los pequeños *poneys*, cocearon en el establo.

—No, no, por Dios… —sollozó apagadamente Roszy Rolkan, tras haber caído por segunda vez del caballo sobre el que ensayaba en la pista, bajo el entoldado—. Eso no, Zoltan…

—¡Estúpida inútil! —Rugió Zoltan Farka, el domador—. ¡Si esas caídas te ocurren esta noche, en la representación, arruinas el espectáculo! ¿Qué mil diablos te ocurre, que no eres capaz de dominar tus nervios y ver bien lo que haces? ¡Parece como si tuvieras el cuerpo aquí y la cabeza en otro lado, maldita idiota!

—Lo… lo haré bien ahora, palabra, Zoltan… —gimió ella apagadamente—. Ya verás cómo… cómo lo hago bien… Por favor…

El látigo se alzó sobre su cabeza. La bella écuyére cerró sus ojos, esperando el primer golpe brutal, el inicio de la paliza…

Pero la tralla no cayó. Tras un momento tenso, la voz del domador y director del Circo Danubio, sonó potente:

—Está bien. Tienes otra oportunidad. Da dos vueltas a la pista. Si salen bien, no habrá castigo. Pero han de salir perfectamente, ¿entendido?

—Dos vueltas… Es mucho. Me noto cansada.

—¡Serán dos! —Hizo restallar el látigo en la pista, a los pies de la amazona, que se echó atrás, aterrorizada—. Vamos, pronto. Es tu única posibilidad de salir con bien de este torpe ensayo de hoy…

Dócil, amedrentada, Roszy se encaminó a su caballo. Subió de nuevo al lomo, y se puso de rodillas sobre él. Comenzó el galopar del animal, dando vuelta a la pista, a la voz y golpes de tralla del domador Farka. Luego, en los inicios de la segunda vuelta, Roszy se puso en pie, permaneció erguida sobre la montura sin silla… El

galope se aceleró. El cuerpo gentil, esbelto, vestido de blanco, se tambaleó en la grupa, perdiendo parte del equilibrio.

Quiso recuperarlo. No le fue posible. Cayó. Hubiera golpeado su cuerpo en tierra, de no aferrarse a la crin del animal y colgar de ella, forzándole a frenar paulatinamente. Ni siquiera se atrevía a mirar la fiera faz de Farka, lívido de ira, con ojos fulgurantes, que avanzaba hacia ella, rápido, enarbolando su tremendo látigo. Dos acróbatas de la *troupe* circense, emprendieron rápida huida ante la situación.

Se quedaron solos los dos en la carpa, bajo el entoldado de grandes franjas de colores. Roszy gimió, ocultándose el rostro entre ambas manos, tendida en tierra. Farka alzó su látigo, al tiempo que emitía un rugido rabioso:

—¡Desgraciada, inútil! ¡Esto vas a pagarlo! ¡En lo sucesivo aprenderás a estar pendiente de tu trabajo!

El látigo se estrelló contra sus piernas brutalmente, desgarrando sus blancas mallas de écuyére, y trazando surcos de sangre en sus muslos. Ella se retorció, con un grito ronco de dolor.

Farka alzó de nuevo su látigo para estrellarlo contra el cuerpo de la muchacha.

Esta vez, no llegó a su destino.

Un estampido atronó la carpa. El látigo escapó de su mano, como si tuviera vida propia. Farka se quedó con su mano vacía, estupefacto, mirando hacia la entrada al circo, de donde procedía la detonación de arma de fuego.

El hombre alto, de ropa oscura y negra capa, permanecía impávido en el umbral. En su mano enguantada, humeaba un revólver. El látigo, arrancado por una certera bala, había caído entre las primeras filas de asientos.

—¿Quién se atreve a…? —comenzó rugiendo Zoltan Farka.

Fue Roszy quien identificó enseguida a su providencial defensor, cuando giró sus angustiados ojos en esa dirección.

—¡Usted! —musitó—. ¡Doctor Miller…!

* * *

—Doctor Miller… ¿Quién le mete en esto? ¿Dónde cree que está, para utilizar un arma de fuego contra mí? —rugió furiosamente Zoltan Farka, congestionado el rostro por la sorpresa y la ira.

—Vale más perder una bala que ver otra cicatriz en un cuerpo humano —replicó ásperamente el joven médico—. Resulta un precio barato para evitar un dolor. ¿Usted no piensa igual, señor?

—No, no pienso igual —replicó con rudeza Farka—. Ella es mi empleada. Trabaja para mí, y éste es mi circo. No es hora de función, ni usted tiene derecho a entrar aquí ahora. Menos aún para disparar contra mí…

—En primer lugar, es una artista, una empleada, no una esclava medieval. En segundo, puedo irme ahora mismo de aquí. Pero como médico, tengo derecho a exigir la presencia del alguacil local, y a cuidar las heridas de látigo de la señorita Rolkan. ¿Prefiere que el juez Mohln y el alguacil se hagan cargo del asunto oficialmente?

—Está metiéndose en lo que no le importa. Ser médico no significa que usted esté autorizado a…

—No sé a lo que pueda estar autorizado. Soy extranjero aquí, pero ocupo un cargo de médico en la localidad. Aparte de eso, soy amigo de la señorita Rolkan. Si ella, por temor, no se atreve a formular denuncia alguna contra usted por malos tratos, yo, como testigo, lo haré inmediatamente, en cuanto usted se niegue a un acuerdo digamos… amistoso. Y conste que hablar «amistosamente» con usted, me produce bastante repugnancia, señor.

Farka masculló algo entre dientes, con gesto iracundo. Luego, miró con odio profundo a Nathan. Sus ojos grandes, oscuros, fulguraron malignamente. Su boca espumeaba al hablar:

—Está bien… ¿Qué quiere, para ser concretos?

—Deje a la señorita Rolkan ahora mismo, Vendrá conmigo al pueblo.

—¡Imposible! ¡Tiene que ensayar! —Aulló Farka—. ¡Es su obligación!

—Creo que ya ha ensayado. Nadie podría hacerlo, después de una paliza a latigazos. Es un dictamen médico. Y también añado algo: debo examinar sus heridas en mi consultorio. Es decisión clínica. ¿Algo que objetar? Incluso puedo extender un certificado, prohibiéndole actuar durante cierto tiempo. Y usted no podrá hacer nada.

—No se atreverá a tanto…

—Me atreveré a lo que juzgue oportuno y justo. Señorita Farka: venga conmigo. Nos vamos de aquí ahora mismo.

—No, no, doctor… —jadeó la muchacha—. No es posible. Farka tiene razón; yo debo…

—Farka no tiene razón —cortó Miller fríamente—. Usted tiene que salir de aquí ahora mismo. La llevo conmigo. Es una orden médica. No puede tomar represalias. Vigilaremos este circo en lo sucesivo. Después de todo, no sólo se trata de su seguridad personal, sino de muchas otras cosas sospechosas que rodean a este entoldado.

—¿Cosas sospechosas? —Enrojeció violentamente Zoltan Farka, revolviéndose hacia Nathan Miller—. ¿Qué cosas, maldito sea?

—Animales salvajes, por ejemplo —silabeó Miller, endureciendo su gesto, fija la mirada en Farka—. Usted creo que es su domador. Tiene fieras capaces de destrozar a un ser humano. Garras y colmillos al servicio del mal posiblemente, señor Farka. ¿Entiende eso?

—Maldito bastardo… —jadeó el domador, director del Circo Danubio—. ¿Qué está intentando insinuar? Haga acusaciones concretas, por todos los diablos, y déjese de divagar estúpidamente. ¿De qué pretende acusarme?

—De nada… todavía. No hablo de usted, sino de animales salvajes. Hay uno en la vecindad últimamente. Un animal feroz y terrible. Un asesino despiadado que desgarra personas hasta convertirlas en piltrafas irreconocibles.

—¡Miente! —aulló Farka, congestionado—. ¡No puede acusar a mis animales de nada malo! ¡Están siempre encerrados en sus jaulas, son totalmente inofensivos…! ¡Busque a un hombre-lobo, a un poseído de Satanás, y habrá hecho algo más práctico que acusarme a mí de cosas en las que mi circo y mis animales nada tiene que ver!

—Eso… debemos investigarlo aún, señor Farka —dijo lentamente Miller, tomando con un brazo suyo a la sollozante, abatida Roszy Rolkan, camino de la salida del entoldado multicolor del circo—. Quizá tenga pronto una respuesta para usted. Pero en lo sucesivo, cuide a su oso, a su pantera… por si acaso. La leyenda del hombre-lobo puede fallar en un momento dado… y la gente preferiría entonces creer en la culpabilidad de una auténtica bestia, al margen de satanismos y de plenilunios diabólicos…

Se alejó definitivamente del entoldado. A su alrededor, rostros

admirados y medrosos siguieron los pasos del médico y de su protegida. Se perdieron hasta un carruaje tirado por dos caballos, con el que Nathan Miller se alejó, siempre portando a su protegida, la rubia écuyére.

—¡Cerdo! —Silabeó furiosamente Farka entre dientes, enarbolando su puño, impotente y lleno de ira, en dirección al carruaje—. ¡No cejaré hasta verte destruido, maldito matasanos! Y tú, Roszy… ¡tú, tiembla cuando regreses, por mucho que te vigilen esos perros! ¡No te librará nadie de la mayor paliza de tu vida, desagradecida maldita! E incluso… incluso denunciaré a esta gente lo que fuiste tú realmente toda tu vida… ¡para que te pudras en un calabozo de este cochino villorrio, si prefieres eso a seguir con tu protector! ¡Ese medicucho y todos los demás, sabrán que no eres sino una ladrona, maldita seas…!

CAPÍTULO VI

—¿Una ladrona? ¿Ha dicho… una ladrona, señorita?

—Sí…, —los ojos anegados de llanto de Roszy Rolkan, se alzaron hacia los hombres que le rodeaban. Se cubrió pudorosamente las espaldas cruzadas por terribles huellas violáceas o rojizas, según fuesen los trallazos más o menos lejanos en el tiempo. Pero, realmente, su cuerpo todo era un tremendo testimonio de horror, de dolor y de sufrimiento—. Ladrona ha dicho… Yo… yo soy una ladrona… Lo fui hasta… hasta que Zoltan Farka me sacó de todo eso y me hizo artista en su circo… Por eso… por eso le debo gratitud…

—¡Gratitud! —estalló Nathan, exaltado—. Gratitud… con esas señales en su cuerpo, criatura. Más bien ha sido miedo, terror… Está asustada, sometida a él… como una esclava sin posible evasión. Pero ése ha sido su error…

—No, no era un error. Sólo que ya no soporto más. Es demasiado. No sólo los latigazos, si no torturas, golpes en mi cabeza… Estoy destrozada. Desesperada. Necesito librarme de todo eso definitivamente. Prefiero la celda, la prisión… a volver al circo.

—No tema —sonrió apaciblemente el juez Mohln—. Su confesión no es tan grave. Se investigará su vida. Pediremos informes. Esos trámites duran meses. Durante ese tiempo, habrá de quedarse en Véskad.

—¿En… en una celda?

—Por supuesto que no, siempre que tenga una persona fiadora: puede ser el propio doctor, si él no tiene inconveniente.

—Ninguno —se apresuró a afirmar Nathan—. Puedo responder por ella. Estoy seguro de que sus delitos no habrán sido tan graves…

—Fueron robos, raterías, doctor… —se quejó la muchacha—. En

Ujpest, en Budapest, en Nagykoros, en muchos otros sitios… Hasta que Zoltan me encontró en Csongrad, y me libró de ir a prisión. Pagó mi fianza, salió fiador por mí de una acusación de hurto de cien forints y eso le sirvió para convertirse virtualmente en mi dueño y señor.

—Lo imagino fácilmente —asintió el joven médico inglés, con gesto ceñudo—. Sí, creo que Farka vio una clara oportunidad de explotar a una muchacha indefensa, con una indigna coacción… al tiempo que, por otro lado, daba rienda suelta, sin ningún problema, a su propio espíritu de sadismo, de ferocidad abierta, que encuentra su mayor goce con la tortura ajena. Especialmente, claro está, si se trata de una mujer…

El juez cambió una mirada con el alguacil Koczas. Luego, miró al médico.

—¿Quiere presentar una denuncia formal contra Zoltan Farka, doctor? —indagó el magistrado local afablemente—. Estoy dispuesto a admitirla, a la vista de las evidencias.

—No… por el momento —señaló a Roszy—. Ella es quien debe resolver al respecto. Yo, por mi parte, creo que juzgaré sobre su decisión. Si llegamos a un acuerdo, el circo se quedará definitivamente sin su bella écuyére. Eso será todo, si Roszy prefiere no actuar legalmente, juez Mohln.

—Creo que es mejor no hacerlo —habló ella apagadamente—. Ha sido un monstruo, un cobarde, pero…, pero yo también admito que me libró entonces de la cárcel… y debo guardarle gratitud por ello. ¿Está de acuerdo conmigo, doctor?

—No —negó sinceramente el médico—. Pero es su propia decisión. La acepto. Y así será, si usted realmente así lo desea. Pero si intentara algo contra usted, se vería en problemas. De eso, alguacil, puede advertirle usted por medio de un oficio.

—Hoy mismo lo enviaré al circo —asintió Koczas, con gran satisfacción. Tendió luego su mano a la joven—. Señorita Rolkan, procure no ausentarse de este lugar bajo ningún pretexto. Eso podría crearle problemas. La ayudaremos en todo. Y, en el peor de los casos, dada la naturaleza de sus delitos, creo que no iría su pena más allá de un par de meses de cárcel. Esa ciase de condenas, acostumbran a ser cambiadas por una libertad vigilada, ¿no es cierto, señor juez?

—Sí —admitió benignamente Mohln. Miró afectuosamente a la muchacha—. No tenga miedo, criatura. Todo va a salir bien a partir de ahora… gracias, sobre todo, al doctor Miller.

—Sí, lo sé. —Roszy miró súbitamente a Miller con ternura. Luego, se acercó. Depositó un beso en su mejilla, tiernamente. Y murmuró, con tono extático—: Gracias, doctor. Nunca olvidaré todo cuanto hizo por mí. Lo que sea de mi vida en el futuro… a usted se lo deberé.

* * *

Hans levantó la cabeza. Miró fijamente al hombre que empujaba la puerta vidriera de su cantina. Dejó de limpiar vasos, y estudió con interés a su nuevo cliente. Había oído hablar de él, pero aún no le conocía.

Estaba cayendo la noche afuera. Era sábado, y el pueblo debía hervir en actividad festiva. Sin embargo, había corrido un rumor, como reguero de pólvora: la bonita écuyére, Roszy Rolkan, no actuaba ya. Había sido protegida por el juez y por el doctor, de las iras de su patrón, Zoltan Farka. Eso había mermado la asistencia al circo.

—Buenas noches —saludó el recién llegado brevemente.

—Buenas noches, doctor —respondió Hans Wieczk—. Porque usted… es el doctor Miller, ¿no es cierto?

—Sí, lo soy —asintió Nathan gravemente, acercándose al mostrador—. Y usted es Hans, el hombre de la mejor cerveza de todo Véskad, si he de creer a la gente…

—Pues créala, señor. Y si quiere comprobarlo, no tiene más que pedir una jarra.

—¿A qué espera, en tal caso? Esa jarra, cantinero…, y luego le daré mi respuesta.

Sin responder cosa alguna, Wieczk puso ante él una jarra repleta del dorado y espumoso líquido. Luego, se apoyó de codos, esperando la opinión de su joven y alto cliente. Nathan probó la cerveza. Chascó la lengua y aprobó:

—Excelente, sí. Su fama no era falsa, Hans. Le felicito.

—Gracias, doctor. Sabía que le gustaría. Es la mejor de la región. Hans no puede engañar a sus clientes. No sería honesto.

—Lo entiendo muy bien —asintió el joven galeno inglés—.

Usted es un hombre honesto, Hans. Me lo ha dicho mucha gente. Por eso quería verle, hablar con usted.

—¿Hablar conmigo? ¿De qué, doctor?

—De… de la gente de Véskad —expuso Miller con tono apacible—. Y de Frida…

El cantinero sufrió una brusca convulsión. Apretó los puños sobre el mostrador. Al mirar a Nathan, era como un animal doliente y herido.

—Frida… —gimió—. ¿Por qué ella? ¿Por qué otra vez todo eso? Creí que se habría olvidado ya. Después de… de lo de la señora Vaszary, imaginé…

—La señora Vaszary y Frida. Dos víctimas, Hans. Igual modo de morir. ¿Hubo antes otros atentados similares?

—No, que yo recuerde —se encogió de hombros—. Pero siempre se habló por aquí de… de licántropos humanos, doctor. Usted me entiende: hombres-lobo y todo eso…

—Sí, yo lo entiendo —sonrió Nathan, pensativo—. Por favor, Hans: ¿usted imaginaría a… a alguien de Véskad convertido en hombre-lobo a la luz de la luna?

—¿Alguien de aquí? ¿Una persona conocida? ¿Cómo cualquiera de nosotros, doctor? —boqueó el cantinero, asombrado.

—Sí, como cualquiera de nosotros, Hans. Un hombre-lobo, se supone que es normal, antes de sufrir su metamorfosis. Completamente normal… como usted y como yo. Pero se dice también que puede llegar a ofrecer indicios, señales evidentes de… de esa extraña dolencia. ¿Usted ha observado algo parecido entre sus clientes? ¿Algo… anormal, algo insólito?

—Cielos, claro que no. ¿Qué clase de indicios podrían ser ésos, doctor?

—No es nada concreto —divagó el joven médico—. Quizá excitaciones, crisis nerviosas… algo parecido a epilepsias, pongamos por caso…

—Epilepsias… —repitió sordamente Hans. Se estremeció, llevándose una mano a sus ojos—. Oh, cielos, no… puede ser él…

—¿Él? ¿Quién, Hans? ¿De quién está hablando? —le apremió el doctor Miller.

—De… de Laszlo. Laszlo Magy, un buhonero… Es muy nervioso, tiene un tic en el ojo… y a veces le han dado crisis de ésas.

Epilepsia, como usted dijo…

—¿Recuerda alguna vez concreta, Hans?

—Sí, recuerdo muy bien. Dos ocasiones… Una, cuando mataron a la señora Vaszary… Comenzó a sufrir la crisis aquí mismo… y se fue corriendo. Le oí aullar en el bosque…

—¿Aullar? —Insistió Miller—. ¿Exactamente… aullar?

—Bueno, o algo parecido… Tuvo otro ataque días antes… —Tragó saliva. Se frotó el mentón, abriendo mucho sus ojos angustiados—. Dios mío…

—¿Qué, Hans? Siga… ¿Qué ha pensado ahora?

—Que ese… ese ataque… tuvo lugar… justo la noche en que ella, Frida… fue asesinada en el bosque, doctor —casi sollozó el rudo cantinero, bajando la cabeza—. Pero Laszlo… ¡Laszlo no puede ser! Es… es un pobre diablo… Un vendedor ambulante medio enfermo…

—La epilepsia es una grave enfermedad, Hans. No significa nada por sí sola. Puede que la luna ejerza influencia sobre los enfermos de ese mal, no hay nada comprobado aún. Todo podría ser simple coincidencia. Pero vale la pena anotarlo. Laszlo Magy, buhonero… Le buscaré, sí. Como médico, debo ayudarle. Si fuese culpable de algo… sería irresponsable. Se dice que un hombre bajo ese mal es capaz de cosas horribles, pero no lo crea. Lo cierto es que ni siquiera sabe dónde está o qué le sucede. Y ser epiléptico, no significa ser hombre-lobo, Hans… ¿Usted conoce al doctor Brosik?

—¿El veterinario? —Hans se encogió de hombros—. Si, le he visto en ocasiones. Tiene unos perros muy fieros. Dicen que muy valiosos también. Pero no me gustan los perros, doctor.

—A mí, sí. Pero no los que están, mal enseñados. El doctor Brosik parece que es de ésos.

—¿Por qué le interesa el veterinario, doctor?

—Él, no tanto como sus perros. Son mastines, Hans. Capaces de triturar a un ser humano, si les obliga a ello. ¿Usted diría que Frida… pudo ser despedazada por un mastín de ésos?

—Un mastín… —negó rotundo el cantinero—. No, no. Tuvo que ser un lobo, doctor. No sé si un hombre-lobo, pero sí un lobo… Ningún ser humano obligaría a un animal a hacer algo semejante a otra persona, estoy seguro.

—No lo esté tanto, Hans —suspiró el médico, depositando una

moneda, tras apurar su jarra. Caminó hacia la salida de la cantina —. Hay hombres que no conocen la piedad, y que gozan con el daño ajeno… Por cierto, ¿ha ido al circo alguna noche?

—No, doctor. No he ido… ni iré. Desde la muerte de Frida, no me gusta ir a ninguna parte.

—Sí, entiendo… —Abrió la puerta. Iba a salir ya de la cantina cuando se volvió para interrogar con voz grave—: Ah, por cierto, Hans…, una última pregunta. ¿Conoce a los Ozdar?

—Lilian y Janos Ozdar… —Hans asintió despacio, con gesto apacible—. Pobre pareja… El accidente de él fue terrible. Le dejó inválido para siempre… Y todo por culpa de aquella mujer…

—¿Una mujer? —indagó vivamente Miller, arrugando el ceño y girando su cabeza hacia Hans.

—Sí, ¿no se lo dijeron? Una desgracia… Cuando iba en su caballo, por el bosque, se le cruzó la señora Vaszary, con su carruaje. Hizo una mala maniobra ella… y el caballo, forzado por Janos Ozdar para evitar el choque, se cayó, aplastando debajo a su jinete… De ahí salió con las lesiones que le han convertido en lo que es actualmente… La pobre señora Vaszary nunca se perdonó su error, estoy seguro. Ni tampoco Ilse Kovac, la hostelera, que iba con ella en el carruaje…

—Use Kovac… —meditó Miller, saliendo definitivamente de la cantina—. Gracias, amigo mío. Gracias por todo… Tal vez muy pronto, el monstruo que mató a Frida pague sus horribles culpas…

Se alejó hacía el bosque cuando empezaba a oscurecer. Hans, reflexivo, se quedó contemplando su figura alta y enjuta, perdiéndose entre la arboleda, con el vuelo fantasmagórico de la negra capa del joven doctor…

—El monstruo… —susurró Hans, estrujando una copa en sus manos, con tal fuerza, que se quebró entre el paño con que secaba. Dejó caer los vidrios al suelo—. ¿Quién será…?

* * *

—Sí, doctor. Ese hombre es el buhonero que buscaba…

Ilse Kovac señaló al hombre sentado en una mesa de la fonda, ante un vaso de vino de la región. Su caja de chucherías baratas, reposaba cerca de él, sobre la mesa de tablas.

Nathan se acercó al hombre. Su mano se extendió hacia la caja,

mientras estudiaba de cerca el tic del ojo de Laszlo Magy, ajeno éste por completo a la observación de que era objeto. Rápido, el médico tomó un pequeño juguete, un muñeco de trapo de color rojizo: era un lobo caricaturizado, con largo morro y aviesos ojos, propio para jugar un niño.

—Este lobo —lo puso ante la cara del buhonero—. ¿Cuánto vale?

Se sobresaltó Magy, mirándole con ojos dilatados. Hizo un instintivo gesto de retroceso, pero finalmente pudo su espíritu de comerciante. Miró el pequeño lobo rojo. Y balbuceó:

—Sólo dos monedas de cobre, señor. Dos insignificantes monedas…

—Bien —dos piezas fraccionarias cayeron en la caja del vendedor ambulante—. Aquí las tiene, amigo. Me gustan los lobos… incluso de juguete.

—¿De… de veras? —Miró confidencialmente en derredor el buhonero, antes de susurrar—: Tenga cuidado con lo que dice, señor. En este lugar no son muy bien vistos los lobos…

—¿Qué lobos? ¿Los de las montañas… o los lobos humanos? —replicó Nathan.

—Señor, usted… usted habla extrañamente —rápido, el vendedor se incorporó, recuperando su caja de artículos en venta—. No conozco lobos humanos de ningún género…

—¿Está seguro, Magy? —Preguntó fríamente el médico—. Se dice que las personas que sufren cierta clase de ataques… durante los mismos ven convertida su piel en vello erizado, se vuelven sanguinarios, y su boca se transforma en ávidas fauces de lobo… El señor Vaszary vio a alguien así la otra noche…

—El señor Vaszary… —rezongó el buhonero, incómodo—. Bah, tonterías… No es posible. Vaszary bebe mucho. A veces, tanto o más que yo. Vería visiones… No hay lobos humanos. Ni aquí ni en ninguna parte… ¿quién es usted? ¿Por qué me está interrogando? Yo… yo solamente soy un pobre vendedor ambulante… Yo no sé nada, nunca he visto nada…

Retrocedía hacia la salida. Miller le miró, pensativo. Algo de lo que había dicho el vendedor, en su afán de mostrarse inocente, había despertado una luz de alerta en su cerebro.

—Nunca ha visto nada… —repitió sordamente—. ¿Por qué dijo

eso, Magy? Yo no le dije que hubiera visto algo, sino que usted mismo podía ser el hombre-lobo… ¿A qué se refería? ¿Qué es lo que creyó ver… o vio, realmente, durante uno de sus ataques, en esas noches de luna en que corrió la sangre en Véskad?

—Nada, nada… —gimió. Al pretender salir de la fonda, tropezóse en la puerta con alguien que entraba, y exhaló tal alarido de terror, que hizo dar un salto amedrentado a la persona recién llegada. Luego, el buhonero miró a todos despavorido, y se perdió a la carrera, calle abajo, perdiendo incluso mercancía de su caja de objetos heterogéneos.

—¿Qué le ocurre a ese hombre, doctor? —Preguntó, todavía sobresaltada, Roszy Rolkan, con ojos muy abiertos, erguida en la puerta tras el choque con el buhonero—. Parece que hubiera visto al propio diablo…

—Sí, quizá lo vio. Pero no ahora, Roszy, sino otra noche, bajo la luna… En fin, dejemos eso. Creo que la asustó. ¿No es cierto?

—Un poco… Tiene un aspecto tan inquietante ese pobre hombre… —Roszy se encogió de hombros, aturdida. Tomó la mano del joven médico, como necesitada de apoyo—. Perdone si volví tarde a la fonda. No pude evitarlo. Miré el circo a distancia. Sus luces, su música… me atraían…

—No debe repetir algo así —reprochó Nathan severamente—. Hoy aún hay luna. No es plenilunio, pero nuestro licántropo no parece necesitar la ortodoxia completa para surgir. Le basta con la luz lunar, si es intensa… Debe quedarse aquí de noche. Recuerde que soy su fiador, que usted se aloja en esta fonda por orden judicial, y soy responsable de su suerte. No ponga las cosas más difíciles, Roszy, amiga mía…

—Está bien. Perdone. Procuraré que sea así, en lo sucesivo —dócilmente fue hacia el interior del establecimiento—. No volveré a cometer imprudencias. La verdad es que, al volver, sentí miedo. Y ese hombre, hace un momento, me asustó todavía más…

—No lo dudo… —Miller frunció el ceño, preocupado—. Lo malo es que él también iba asustado. Me pregunto por qué…

CAPÍTULO VII

Ya era una gran tajada amarilla la que faltaba en el disco menguante lunar. Aun así, su claridad era intensa y recortaba profundamente las sombras del boscoso paisaje de las montañas de Koros-Nagy.

Había un raro silencio en las zonas boscosas y en los prados, así como en las agrupaciones de viviendas, en contraste con el bullicio del circo, tendiendo allá abajo su entoldado multicolor, en la última etapa de la representación nocturna de aquel sábado.

De vez en cuando, algún chirrido, algún revoloteo en las ramas o el roce de cualquier animal entre la espesura, era lo único que alteraba la paz campestre. En el pueblo, ni siquiera eso. La gente que no había ido a la representación circense, dormía en paz en sus viviendas.

Era como si ya nada pudiera suceder en la noche. Cuando terminase la representación en el circo, la paz absoluta se extendería por todo el país.

Y el circo terminó. Sus luces de gas se apagaron. Se fueron extinguiendo voces, ruidos y pisadas. Sobre la región, se extendió, paulatinamente, el manto del silencio, de la calma, de la soledad…

Y cuando la paz parecía que era más profunda, más inalterable… surgió el aullido animal en alguna parte.

Fue un aullido largo y lastimero, como el ulular de un lobo hambriento Luego, el aullido se tomó gruñido torvo, amenazador. Terminó en un rugido ronco, feroz.

Y luego, un grito humano, desgarrador y terrible, quebró la noche, el silencio y la paz como se rompe un cristal.

En alguna parte de Véskad, una persona se encontró frente a unos ojos rojizos, inyectados en sangre, crueles y despiadados. Luego, comenzó a morir…

* * *

Fue una muerte brutal, desgarradora y cruel. Una muerte ante garras y colmillos feroces que no conocían la piedad, que parecían ávidos de sangre y de destrozo…

El cuerpo humano se revolcó en un baño sangriento, entre gruñidos roncos. Una masa de vello hirsuto y maloliente, bailoteaba en torno al cadáver ya medio despedazado… El aire olía a muerte y a sangre. A terror y a angustia. A furia animal e implacable.

Luego, la fiera se apartó de su presa. Los ojos rojizos contemplaron el destrozo con insana complacencia…

Lentamente, la fiera misteriosa comenzó a retroceder, apartándose del cuerpo sin vida. Sus pisadas acolchadas hacían crujir la hojarasca salpicada de sangre. Su marcha se hizo segura, en una dirección determinada…

Detrás, un amasijo sanguinolento, difícil de identificar como un cuerpo humano quedaba como único rastro de su feroz ataque. La luna, semirredonda y pálida, era el único testigo de la horrible escena. Un soplo de aire frío, agitó los ramajes como en un escalofrío.

De súbito, en la espesura, sonó una voz potente, clara:

—¡Allí está! ¡Es ese animal! ¡Ha atacado a alguien, alguacil!

Restalló un disparo de revólver en la noche. Luego, otro. El animal emitió un largo aullido. Se hundió en el boscaje, rabiosamente, mientras una lámpara brillaba entre la arboleda, y dos hombres aparecían a la carrera.

—Lo he visto, doctor —afirmó, jadeante, el alguacil Koczas, rifle en mano—. Usted tuvo razón. Éste es su terreno de acción, es evidente. Lo malo es que parece haber alcanzado ya a alguien… Vea ese bulto…

—Atienda usted al caído, alguacil. Supongo que va nadie podrá hacer nada por la víctima… Yo voy tras la bestia.

—¡No, no lo haga! —Gimió Koczas—. ¡Puede matarle, doctor!

—Espero saber defenderme, llegado el caso —masculló con acritud Nathan Miller, lanzándose a la carrera en pos de la sombra velluda apenas entrevista, con su lámpara eh una mano y el revólver humeante en la otra.

Pasó junto a la forma sangrante. De modo fugaz, descubrió que era un cuerpo femenino, una vez más. Pero difícilmente podía ser

identificado de una ojeada. Corrió por el bosque, sintiendo ante sí el ronco jadeo del animal en fuga. Arbustos y ramajes crujían sordamente al paso de la fiera en evasión.

Miller disparó de nuevo ante sí. Hizo dos disparos rápidos, en sucesión casi continua. Notó que crujían los arbustos, al ser cortados por las balas, pero eso fue todo. El monstruo siguió su carrera por la espesura. Y hubiera jurado que a cuatro patas. Pero a veces, tenía idea de una forma más alta, como si de vez en cuando, el sigiloso animal en fuga se incorporase para caminar sobre sus patas traseras…

—No debo dejarte escapar. No esta vez, maldito… —farfulló entre dientes—. Es la gran ocasión de terminar con todo esto de una vez…

Volvió a disparar, aunque era un error malgastar balas, ante semejante enemigo. Si llegaba a quedarse sin balas, y su adversario lo adivinaba, estaba perdido. Podía ser un hombre-lobo, realmente, y saber cuándo un revólver se vaciaba de proyectiles. Pero él seguía sin creer en licántropos humanos. Por eso tal vez no se proveyó esa noche, en su cacería secreta, de bala de plata alguna. No creía en leyendas. Aunque no estaba seguro de la naturaleza real de aquel ser diabólico al que estaba persiguiendo despiadadamente a través del bosque.

El arroyo estaba cerca. Y con él, la vivienda de los Ozdar. Y el circo de Zoltan Farka. Y la vivienda del doctor Brosik, con sus mastines…

También la posibilidad de perder de nuevo el rastro del monstruo perseguido… De repente, le vio erguirse ante él, en la espesura. Rápido, disparó una, dos, tres veces. Vació el cargador totalmente. Valía la pena, si ésta era su gran ocasión, con la silueta de aquel extraño ser recortándose contra la luz lunar.

Estaba sin balas. En su premura por dar alcance o muerte al animal, no observó las numerosas raíces de árboles que se entrecruzaban a sus pies y que, sin duda, la fiera acosada conocía muy bien.

Cayó de bruces, perdiendo su lámpara, que rodó lejos de él… Se quedó con su arma inútil en las manos. Buscó, a la desesperada, nuevas balas, mientras pugnaba por incorporarse lo más rápidamente posible.

Todo era inútil ya.

De súbito, ileso, sin revelar lesión alguna, como un imposible, el hombre-lobo surgió ante él, en la espesura. Descubrió el destello de unos feroces ojos sanguinolentos. Y luego, el monstruo se precipitó sobre él…

* * *

Era la muerte, y lo sabía.

No pudo hacer nada, salvo inclinar el rostro, cerrando sus ojos instintivamente, cubriéndose con un brazo para no ser cegado por el animal, cuando le lanzara sus zarpas mortíferas encima.

Un horrible jadeo cercano, el olor hediondo de una piel animal, la vecindad angustiosa de un vello hirsuto y maloliente, le envolvió. Un fétido vaho le llegó de cerca. Creyó distinguir borrosamente unos colmillos terriblemente afilados, próximos a su garganta…

Tiró su revólver vacío contra el rostro borroso del animal. Trató de forcejear, de luchar contra lo imposible…

Y en ese preciso instante, ocurrió lo insólito, lo increíble.

¡El animal emitió un extraño, ronco gruñido, y retrocedió vivamente! Percibió sus pisadas veloces, otro ronquido sordo, como de mala gana… ¡y el monstruo escapó a la carrera, perdiéndose definitivamente en el bosque sombrío!

Atónito, sin creer lo que sucedía, Nathan se incorporó. Miró en torno suyo con infinito estupor. No podía creerlo. Estaba vivo. A salvo. El enemigo había escapado cuando lo tenía ya en sus garras, presto a destruirlo, sin obstáculo alguno.

¿Por qué? ¿Qué significaba aquello, exactamente?

Miró a sus pies, incorporándose muy despacio. La hojarasca se vela removida, con huellas de zarpas, con gotas de sangre humana, con vellos rojizos, como los que examinara ya una vez, identificándolos como pertenecientes a un lobo…

¡La cruz!

Perplejo, sin poderlo admitir, observó su cruz de plata, pequeña y maciza, colgando sobre su pecho, pendiente de la cadena de igual metal… Sobre su camisa desabotonada, había salido la cruz al caerse en el bosque. Péndulo ante los ojos de la fiera en el momento del ataque mortífero…

Una cruz había hecho retroceder al monstruo. Una cruz de plata,

simplemente…

—De modo que es cierto —balbuceó roncamente—. Es… es un hombre-lobo…

Regresó lentamente junto a Koczas. El alguacil cubría piadosamente el cadáver con su propio capote de invierno. El médico le miró, como alucinado. Koczas te observó, preocupado, pero con alivio.

—Escapó otra vez, ¿no, doctor? —murmuró cansadamente.

—Sí, escapó —admitió Nathan sin entrar en detalles—. Y ella… ella ¿quién es esta vez, alguacil?

—La pobre Herta… la criada de los Ozdar, doctor —explicó tristemente el alguacil de Véskad.

* * *

—Herta… Pobre muchacha… —sollozó apagadamente Lilian Ozdar.

Janos estrujó sus manos sobre las rodillas, inclinándose adelante en su silla de ruedas. Miró colérico al módico inglés.

—Ahí tiene, doctor… ¡Otra víctima de su hombre-lobo! ¿Sigue buscando por esta zona tal vez?

—Sí, señor Ozdar —asintió Nathan Miller gravemente—. Con más motivo que nunca.

—¿Por qué?

—Su sirviente fue destrozada anoche. Pero no es sólo eso. Las huellas del animal conducen en esta dirección. No creí haberle alcanzado, pero va herido. La sangre que mancha el sendero no es la de un ser humano, la de las heridas de Herta, sino… la propia sangre del monstruo. En suma: tenemos herido al licántropo asesino. Eso puede facilitar las cosas. Y la búsqueda se intensifica necesariamente.

—Comprendo —afirmó Janos lentamente. Alzó sus manos con gesto irónico—. Herta nos era muy útil. Nunca la hubiera hecho daño. Además, no estoy herido, puede examinarme. Eso me descarta como presunto hombre-lobo, ¿no, doctor?

Miller fingió pasar por alto la burla. Miró a la joven, ceñudo.

—Señora Ozdar, deben cuidarse todos ustedes. Cierren esta noche todas las puertas y ventanas. El peligro está cerca. Si nuestro animal esta malherido, es cien veces más temible, esté segura…

—Sí, lo entiendo —musitó Lilian con voz apagada—. Gracias, doctor. Lo tendremos en cuenta Janos y yo especialmente, viendo que todas las víctimas son mujeres… cuidaré de vigilar mi seguridad personal.

—Eso, por encima de todo —asintió gravemente Nathan Miller —. Piense que un error no tendría reparación posible. Ese monstruo ataca despiadadamente… a las mujeres en especial, como usted bien dijo. Yo lo tuve ante mí, a sólo unas pulgadas de mi rostro, de mi cuerpo… y no atacó.

—¿Cómo? ¿Eso es posible, doctor? —dudó Janos, elevando agriamente su tono de voz y acercando rápidamente su silla de inválido a él.

—Sé que no resulta fácil de creer…, pero pude haber sido la segunda víctima de la noche. No tenía ya defensa posible… cuando noté que el animal huía, que retrocedía ante algo… Sería poco científico, señor Ozdar, hablar de magia nuevamente. O de endemoniados y seres sobrenaturales, pero… esto es lo único que, en esos momentos, se interponía entre el animal y yo…

Miller mostró sobre su pecho la cruz de plata que siempre le acompañaba, desde que muchos años antes se la regalara su madre. Nunca le había atribuido el menor poder taumatúrgico, pero allí estaba la experiencia actual, extraña y misteriosa, para atribuir a la cruz un poder quizá fuera de este mundo.

—La cruz… —murmuró Janos Ozdar, haciendo retroceder instintivamente su silla de ruedas—. No, no es posible. No pretenderá usted creer en esas antiguas supersticiones…

—Yo no creo nada —cortó Miller secamente—. Me limito a explicarle lo que me sucedió anoche.

—La cruz haciendo huir a una criatura del mal… Como el Vurdalak ruso, doctor Miller. Un vampiro…

—Vampiro u hombre-lobo, son iguales o parecidas criaturas en la mitología y el folklore eslavos, señor Ozdar —objetó Nathan gravemente—. Le diré que sigo sin estar convencido de nada. Pero el hecho inexplicado subsiste… o yo no estaría aquí ahora. Sí, es cierto. Los vampiros huyen de la cruz. Los hombres-lobo son muertos con una bala de plata. Plata y cruz se aúnan en mi caso. Puede haber sido eso. O solamente un hecho milagroso. ¿Qué explicación puede admitirse más verosímilmente?

—Ninguna —resopló Ozdar—. No puedo creer que todo se explique así, de modo sobrenatural. Insisto en que tiene que ser un animal, una bestia manipulada por alguien… La leyenda del hombre-lobo se cae por su base, doctor. Usted, al menos, vería al… al animal o lo que ello pudiera ser. Había luna, la noche no estaba demasiado oscura…

—Vi su silueta recortándose contra la luna, y poca cosa más. Estaba tendido de bruces, las sombras de los arbustos y las arboledas dificultaban mi visión… y el animal estaba demasiado cerca. Su piel era hirsuta, velluda y rojizo oscura. Despedía hedor a animal, es cierto. Si era un lobo, jamás lo vi mayor. Casi tenía el volumen de un ser humano, al ponerse en pie…

—Un momento, doctor —habló excitadamente Lilian acercándose a él—. Ha dicho usted al ponerse en pie… ¿Está seguro de que eso sucedió así?

—Pues… sí —asintió despacio Nathan, reflexionando al mismo tiempo—. Estoy seguro de que así fue, señora Ozdar. Ahora que lo dice… muy seguro. Aquella forma gruñía, se agitaba, agazapada, a cuatro patas. De súbito la vi en pie, cerca de mí, acechándome. Traté de mirar a la bestia cara a cara. Entonces hirió la luna mi cruz de plata, haciéndola brillar. Su gruñido fue diferente… y escapó sin perder momento. Creo que eso es todo cuanto acaeció.

—Como usted dijo, una extraña historia, doctor —aceptó sordamente Janos Ozdar—. Sí, es muy posible que eso tenga una explicación muy difícil de encontrar. Lo único que, como hombre de estudios, como persona que sólo cree en lo tangible, en lo verosímil, me resisto a aceptar la existencia del hombre licántropo, doctor.

—Yo también, señor Ozdar —dijo tristemente Nathan—. Pero entonces… ¿qué explicación daríamos al hecho?

Y ante la ausencia de una respuesta a ese interrogante, saludó cortésmente al matrimonio Ozdar, y salió de la casa.

En el pueblo, las campanas tañían a difunto. Era por la infortunada Herta Boszya, criada de los Ozdar, tercera víctima del monstruo nocturno de Véskad…

* * *

Los animales exhibieron sus feroces colmillos. Sus ojos malignos relampagueaban con impotencia. E incluso con odio. Sus ladridos

llenaban el aire de forma casi rabiosa. Los cuerpos, negros y lustrosos, se agitaban como auténticos monstruos en el recinto alambrado y seguro.

Los ojos de Nathan Miller contemplaron los pelados huesos, los jirones de carne sangrante, la huella sanguinolenta en el recinto, allí donde había sido consumida vorazmente la carne del festín.

El aire del amplio patio, olía a animal. De las fauces de los mastines, escapaban babas espesas, entre el fulgor de sables blancos de sus temibles dientes. Sintió un escalofrío, imaginándose a sí mismo dentro de la siniestra jaula.

—Son siete —comentó—. Siete hermosos ejemplares, doctor Brosik…

—Sí, muy hermosos —asintió con orgullo el veterinario, cerrando la puerta de hierro al salir ambos del patio con olor a carne cruda o cocida, a piel y a sudor animal—. Celebro que le gusten, doctor Miller.

—¿Siempre tuvo siete ejemplares en esa jaula, doctor? —indagó de repente Nathan—. Sí, casi siempre —le miró, intrigado, enarcando las cejas—. ¿Por qué dice eso?

—Oh, por nada. Pero no vi a «Lobo» entre ellos… —comentó al azar Miller.

—«Lobo»… —Frunció Brosik el ceño—. Oh, cierto… «Lobo»… Lástima. Tuve que prescindir de él. Estaba enfermo.

—¿Enfermo? Parecía muy sano cuando le vi, doctor…

—Usted es médico —rió entre dientes Brosik, caminando hacia el gabinete donde les esperaba el té—. ¿No ha tenido nunca un paciente que fuese la viva imagen de la salud… y que estuviera enfermo, gravemente enfermo… hasta el punto de morir sin remedio?

—Rara vez, pero así ha sido. ¿También «Lobo» estaba gravemente enfermo?

—También. Tanto que… murió.

—¿Murió? ¿De muerte natural? —se sorprendió Nathan.

—Digamos que… aceleré el proceso de su mal. No soporto ver sufrir a un animal.

—Comprendo. ¿Lo envenenó?

—El veneno, a veces, es demasiado lento. Usé el revólver. Un disparo bastó. —Comprendo. Y enterró el cuerpo…

—Eso es. Lo enterré, doctor Miller. Es lo que se hace en estos casos, ¿no?

—Si fuese desenterrado, su explicación se confirmaría. Estaría muerto… de un balazo.

—¿De qué otra forma estaría? ¿Cree que le engaño? —Le miró irritado—. ¿Qué le pasa, doctor Miller? ¿Por qué esas preguntas?

—Por nada. Yo ando buscando a un animal herido… de bala, doctor. Curiosa coincidencia.

—Pero pura y simple coincidencia —cortó agriamente Brosik.

—Sí, claro… En tal caso, doctor, tenía usted ocho perros, antes de morir «Lobo»… —Siete. Adquirí éste ayer mismo, a un labriego. Puede confirmarlo, si duda de mi palabra.

—No, no tengo por qué dudar —sonrió apaciblemente Nathan. Contempló el té con un suspiro. Ya no olía allí a animal. Pero en sus ropas parecía impregnado ése fétido aroma—. Ah, el inefable té de las cinco… Le estoy muy agradecido, doctor Brosik. Esto me hará sentirme como en mi propia casa, allá en Londres.

—Pero esto no es Londres, doctor Miller. Allí… no hay hombres-lobo —le recordó Brosik con una mueca significativa, levemente burlona.

—Oh, eso es bien cierto, doctor —suspiró tranquilamente Nathan, sentándose a la mesa, con su colega de veterinaria—. Sin embargo, yo sigo preguntándome si los hay, realmente, en Hungría o en alguna otra parte del mundo…

—Usted me ha citado el incidente de la cruz, por el que anoche salvó su vida —mencionó el veterinario—. ¿Le encuentra otra explicación que la de la existencia de un ser ajeno a este mundo, un auténtico endemoniado?

—No, no la encuentro, Y eso es lo extraño. Porque si un hombre enfermase hasta el punto de sufrir un desdoblamiento de personalidad y, durante una crisis enfermiza, su mente le hiciera creer que era un lobo, y atacase a los seres humanos de modo feroz… ¿qué oscura razón iba a mover a ese desdichado a retroceder despavorido ante una simple cruz de plata?

—Un momento… —Brosik le miró, intrigado, con sorprendido gesto—. Usted no ha hablado en este momento de un hombre-lobo, sino de… un enfermo.

—Sí, eso dije.

—Un enfermo de la mente. Un loco, un obseso del mal y de la violencia…

—Sí, pudiera ser ése el caso, ¿nunca lo pensó, doctor Brosik?

—Mi especialidad no es la medicina del hombre. Ni su mente, por supuesto. La suya, sí. ¿Cree posible a un enfermo, a un tarado, capaz de creerse lobo en las noches de luna?

—Fue una de las versiones lógicas que se me ocurrieron, debo admitirlo —suspiró Nathan—. Pero además de su cerebro enfermo, necesitaría algo más: garras, colmillos, piel de animal. Y la ligereza y agilidad de un auténtico lobo.

—Doctor Miller, yo he oído hablar en estas tierras de falsos hombres-lobo, que no resultaron ser sino pobres enfermos, epilépticos y cosas parecidas —recordó ceñudo el doctor Perene Brosik—. Su idea no es descabellada… si no fuera por la existencia de esa forma animal que usted citó…

—Sí, es cierto —asintió Nathan despacio—. Esa forma animal que estoy absolutamente seguro de haber captado, no correspondía a ningún ser humano, a menos que la metamorfosis monstruosa fuese cierta. Pero la idea del enfermo mental me gustó en todo momento… porque explicaría muchas cosas.

—Aquí hay un solo personaje que yo conozca y se adapte a esa descripción. Un hombre que deambula por doquier y sufre de epilepsia, doctor…

—¿Laszlo Magy, el buhonero? —Asintió despacio Nathan—. Sí, lo sé. Lo he visto. Puede ser él. Tendremos que averiguar dónde estuvo esta última noche, tras verle yo en la fonda La Moneda de Oro…

Poco después, el té ofrecido por el doctor Brosik tocaba a su fin. Se despidió amablemente del veterinario. Aún fuera del caserón solitario en el bosque, Miller siguió percibiendo los agrios ladridos de los feroces animales mantenidos por el enigmático individuo en su propiedad.

Caminó distraído, en dirección al pueblo. La carpa multicolor del circo quedaba a su derecha, en el claro. Vio gente reunida en torno al entoldado. Recordó que era aquel domingo el último día de actuación de la *troupe* circense en Véskad…

—¡Eh, doctor, un momento! ¡Venga acá, por favor!

Sorprendido, giró de nuevo la cabeza hacia el circo. No siguió

adelante. Dio media vuelta y encaminó allá sus pasos. Era el alguacil Koczas quien le llamaba con grandes voces y ademanes. Le sorprendió su presencia allí en ese momento.

—¡Gracias a Dios que le encuentro, doctor! —jadeó el alguacil, enjugándose el sudor cuando llegó Miller hasta él—. Le hice buscar por todo el pueblo inútilmente…

—Estaba de visita en casa del doctor Brosik. ¿Qué ocurre ahora, Koczas, para que esté tan excitado?

—Algo horrible, doctor Miller —musitó roncamente Koczas—. Venga conmigo, doctor, por el amor de Dios… Ha pasado algo espantoso en el circo, esta misma tarde…

Cruzaron por entre la gente agrupada. Miller observó que se persignaban, con temor supersticioso, mirando hacia alguna parte. Observó el punto objeto de su curiosidad: las jaulas de los animales…

Se detuvo de repente. Creyó entender. Miró sorprendido a Koczas. Luego, avanzó hacia la jaula. Hacia una en concreto, no lejos de otra, donde un oso rojizo gruñía rabiosamente, agitándose inquieto, con sus pequeños ojos malignos fijos en la otra jaula vecina…

Era allí donde había sucedido. Miller se aproximó a la jaula. Contempló su interior, con un escalofrío.

Los dos cuerpos yacían bañados en sangre, tras los barrotes herméticamente ajustados. La pantera y el hombre.

La pantera negra parecía herida de un balazo en el cuerpo. Se había desangrado. Junto a ella, destrozado por sus garras, el cadáver mutilado y horrible del hombre…

—Dios mío… —murmuró Nathan—. Es Farka… Zoltan Farka, el domador, y director de este circo…

CAPÍTULO VIII

—Zoltan Farka ahora… Es horrendo. Una cadena de sangre sin fin…

Asintió Miller sombríamente. Apuró su copa de *brandy*, para entonar un poco sus ateridos miembros. Hacía más frío que en días anteriores. O él lo sentía, cuando menos.

Calentó sus manos ante el fuego. Ilse Kovac, la hostelera, no dijo más. Estaba como sumida en trance, junto a la otra muchacha, tan aturdida y pálida como ella, Roszy Rolkan.

Junto al mostrador, el juez Mohln y el alguacil Koczas apuraban también sus vasos de vino de la región, tratando también de reanimarse un poco tras el nuevo y desagradable trance vivido en el circo de Farka.

—Esta vez, todo fue diferente —comentó con tono sombrío Miller—. Farka entró en la jaula de la pantera… y encontró allí la muerte, junto al animal agonizante quizá… Roszy, ¿acostumbraba Farka a entrar en esa jaula?

—No, nunca —rechazó la joven écuyére—. Jamás se atrevió a hacerlo. Ese animal era muy dócil… pero no con él. Farka le golpeaba a veces. Esas cosas nunca las olvida un animal. No, no hubiera hecho eso, a menos que estuviera loco… o borracho.

—Veremos si la autopsia dictamina embriaguez —se encogió de hombros Nathan—. De cualquier modo, la pantera lo destrozó, antes de morir. El único ruido que pudo confundirse con una detonación, asegura haberlo escuchado uno de los payasos, cerca ya del amanecer, pero tampoco está muy seguro de eso. Lo cierto es que hasta mediodía no fue hallado el cadáver de Farka jumo al de la pantera. Y que nadie vio ni oyó nada. Ni siquiera los rugidos de agonía del animal, cosa harto extraña… Al sentirse morir de un disparo, tuvo que producir ruido, emitir aullidos de dolor… Nadie

escuchó nada parecido.

—¿Qué es lo que supone? —quiso saber Ilse, la hostelera.

—No lo sé —suspiró el médico—. Me pregunto si pudo suceder que Farka fuese el hombre-lobo… en complicidad con la pantera. Y que ésta, al recibir el balazo de mi pistola, volviera al circo, malherida, junto con su amo, atacando luego a éste, en su agonía, hasta matarle. La historia podría ser buena… si no fuese porque según Roszy y los demás miembros del circo, Zoltan Farka jamás fue buen amigo de la pantera.

—Ni de nadie —suspiró tristemente la bella amazona—. De todos modos, ya no existe, y creo que se puede ser piadoso con él. No creo que fuese un hombre-lobo. Llevaba tiempo a su lado, soportando sus golpes… y jamás vi nada extraño en Farka, salvo su crueldad natural y sus instintos de maldad. No necesitaba convertirse en lobo para ser un monstruo de perversidad, doctor.

—Eso es cierto. Farka no encaja mucho en la personalidad de nuestro posible licántropo, pero… algo sucedió para que entrase en la jaula de la pantera y ésta le despedazase.

Hubo un profundo silencio en el comedor. Chisporroteaba alegremente el fuego en el hogar. Y ése era todo el ruido que se captaba en el ambiente. El juez Mohln exhaló un suspiro, mirando al exterior, ya en la caída de la triste y nubosa tarde del domingo aquel. Un frío cierzo aullaba en las calles de Véskad.

—Mala noche tendremos —refunfuñó el magistrado—. Pero, cuando menos, la luna no será visible con tantas nubes… y no tendremos hoy hombres-lobo, doctor… Bien, buenas noches a todos. Le espero mañana en el juzgado, doctor Miller, para dictaminar sobre las autopsias de Herta y de Farka…

—No faltaré, señor juez —respondió Miller, pensativo, agitando su cabeza en muda despedida.

La puerta de la hostería se cerró violentamente, al anticiparse una ráfaga de viento helado al intento del juez Mohln. El alguacil se sobresaltó, y quizá para recuperarse del susto, pidió otro vaso de vino. Ilse Kovac fue cansadamente a servirle lo pedido.

Nathan y Roszy se quedaron solos. El joven médico miró a la joven. Y ella a él.

—Ha sido terrible —dijo la muchacha—. En cierto modo, me hace sentir culpable…

—¿Lo de Farka? —Nathan sacudió la cabeza—. No, no piense así. No tiene sentido, muchacha. Farka se mató a sí mismo… o alguien lo hizo deliberadamente.

—¿Alguien? —Le miró, entre asombrada y medrosa—. ¿Qué quiere decir?

—Usted ha descrito bien su carácter. Nadie le quería. Tenía enemigos que le odiaban por su crueldad. Quizá su marcha fue la chispa que prendió el explosivo. Alguien más pensó en liberarse… deshaciéndose de él. No sé si alguna vez llegaremos a descubrir si esa pantera tenía algo que ver con los ataques del hombre-lobo o no. De cualquier modo ese misterioso ser, el monstruo a quien llamamos hombre-lobo… pudo ser, muy bien, el ejecutor brutal de Zoltan Farka.

—Pero… ¿por qué motivo? Si existiera esa clase de hombre-fiera y procediese de este lugar, ¿por qué tendría que matar a Farka, precisamente? —insistió la joven, preocupada.

—No sé. Tal vez cuando descubramos este misterio, se aclare totalmente ese punto. —Miller se volvió hacia Ilse y preguntó cómo al azar—: ¿No ha visto hoy por aquí a Magy?

—¿El buhonero? No, no lo veo desde anoche —comentó Ilse—. Y es extraño… Viene un par de veces cada día. Especialmente, los domingos. Acostumbra a asomar por aquí en día de fiesta hasta tres o cuatro veces, buscando clientes… o bebida.

—Yo tampoco lo he visto hoy —confesó bruscamente el alguacil Koczas, arrugando el ceño—. Y eso que no pasa día sin que me lo encuentre en alguna parte… Ese buhonero, doctor… ¿es sospechoso?

—Podría serlo —asintió Nathan, meditativo—. Búsquelo si le es posible, Koczas. Trate de dar con él como sea. Me interesa hablar con ese vendedor ambulante.

—No lo olvidaré. Habitualmente, es cosa fácil localizarle. Espero que hoy no sea una excepción —apuró su vaso, pagó a Ilse, y agitó su brazo, saliendo del mesón. Sus pisadas se perdieron en la calle, entre ramalazos de viento frío.

—Cielos, qué noche —murmuró Ilse, estremeciéndose. Se cruzó los brazos sobre el voluminoso pecho, como dándose calor a sí misma, y caminó hacia las ventanas, ajustando los postigos—. Voy a cerrar ya. ¿Quieren algo antes de irse a descansar, doctor?

—Yo, no, gracias —sonrió Nathan, bostezando al incorporarse en toda su elevada estatura—. Me voy a dormir. Mañana debo madrugar mucho, Ilse. Me espera suficiente trabajo para todo el día. ¿Y usted, Roszy?

—No tengo sueño, pero siento mi cuerpo como agotado —gimió la muchacha—. Todo lo que me ha tocado vivir hoy… es demasiado para mí. También me retiraré, Ilse. Buenas noches.

—Hasta mañana… y ajusten bien sus postigos —avisó la rubia hostelera—. La altura sobre el patio no es mucha… y no sabemos cuál puede ser la agilidad de ese siniestro hombre-lobo…

—No olvidaré el detalle. Pero usted y Roszy son quienes más deben cuidarse —replicó Miller, subiendo ya la escalera—. No olviden que las mujeres son las víctimas predilectas del monstruo de Véskad… Mañana creo que visitaré a los Ozdar otra vez. Viven demasiado aislados… y la esposa de ese hombre inválido está demasiado sola frente a cualquier peligro, si se llegara a presentar en su casa. Janos Ozdar, con su silla de ruedas y su enfermedad, no podría nunca defender adecuadamente a su esposa. Si es preciso, recurriré a una orden judicial, pero les haré vivir en el pueblo durante un tiempo, hasta que demos caza al monstruo.

—Será una medida muy prudencial —asintió Roszy, pensativa—. Estando aquí todos los posibles amenazados, en especial nosotras, las mujeres… al animal, persona o lo que sea, le resultará mucho más difícil atacar…

—Sí, bastante más difícil —asintió Nathan. Se detuvo con Roszy, ante la puerta del dormitorio de ésta. Tomo sus manos, frías y suaves. La miró con animosa sonrisa—. Ahora, descanse, muchacha. Lo necesita. Trate de olvidar todo lo horrible y sórdido de este asunto. Piense que hay un futuro para usted… mucho mejor que todo el pasado e incluso el presente…

—Gracias, doctor —musitó ella, temblorosa. Le miró con ojos húmedos de gratitud y ternura—. Gracias por todo…

Le besó fugazmente en la mejilla. Y se metió en su habitación. Miller escuchó el chasquido de la cerradura al ajustarse. Y el ruido del cerrojo al ser asegurado. Más calmado, regresó a su propia habitación, no muy lejana en la planta alta.

Poco después, toda la fonda reposaba en el silencio. Fuera, el aullido del viento hubiera podido competir ventajosamente con el

de un licántropo ávido de sangre.

Hubo un jirón en los oscuros nubarrones… y asomó la luna menguante sobre la región de Koros-Nagy.

* * *

Despertó con sobresalto.

Contuvo el aliento en la oscuridad. Lilian Ozdar no estuvo segura, en esos segundos de tensión, sobre el motivo que había provocado la brusca interrupción de su profundo sueño.

Miró en torno suyo. La habitación en sombras, la cama gemela, donde descansaba el inválido Janos, convertido en un amargado espectro de sí mismo desde que sufriera el accidente.

Janos dormía. No se había despertado. Lilian escuchó, tensa. No captó sonido alguno. Tal vez ni siquiera había llegado a existir ninguno previo. Pero ella estaba despierta. Y su corazón palpitaba agitadamente en el pecho. No había tenido pesadillas. Por tanto… ¿qué provocó su repentino sobresalto? Estaba segura de que había algo en alguna parte…

Se incorporó definitivamente. Se puso en pie, sobre sus pies descalzos. Pisó la alfombra. Dio unos pasos inseguros. Se movió hacia las ventanas, bien ajustadas. Miró al exterior.

El viento agitaba la arboleda. Hacía crujir los postigos. Pero había luna a rachas, por entre desgarros de las nubes. Un bailoteo de luz y sombra en el paraje desolado, repentinamente lúgubre y siniestro como una amenaza de muerte…

Ahora sí. Ahora había captado el ruido…

Ruido. Sintió que el corazón golpeaba hasta llenar de martilleos la habitación. Le ahogó la repentina sensación de terror que la invadía…

—Janos… —musitó—. Janos por el amor de Dios…

El ruido se repitió un momento antes de que él abriese los ojos. Era como el roce de algo en la madera. Unas pisadas que arañaban… Unas garras tal vez…

Tembló convulsiva. Janos se agitaba en el lecho, medio dormido. Le zarandeó, frenética.

—¡Janos, despierta! —suplicó—. Ahí fuera… en la escalera… Están subiendo… Son pisadas. Pisadas de animal…

Él estaba despierto ya. La miró, asombrado. Su inmovilidad en el

lecho resultaba patética. Y terriblemente amenazadora también.

—Por el amor de Dios, Lilian, ¿de qué estás hablando? —Gruñó —. No puede haber nada de eso. Todo quedó bien cerrado abajo…

—No, no todo —tembló Lilian, mirando despavorida a la puerta de su alcoba—. Recuerda: el postigo del comedor… no encaja del todo…

—Tonterías, ¿quién puede saber eso? Nadie va a meterse aquí…

Enmudeció. Sus ojos se dilataron. Ahora, incluso él había oído… El roce. Sigiloso, cauto, maligno… y más cerca. Mucho más cerca de la puerta cerrada de la alcoba.

¡Cerrada! Los cabellos de Lilian se erizaron en su nuca. No… ¡No estaba cerrada!

Miró con terror el pestillo corrido. Bastaría mover el picaporte, empujar, abrir… Empezó a moverse hacia la puerta, para cerrar aquel pestillo… Su marido susurró:

—No, no, vete de ahí. ¡No te acerques! Deja eso…

Y forcejeaba. Forcejeaba rabiosamente por incorporarse, por ser capaz de algún movimiento. Lilian no le obedeció. Siguió adelante. Se detuvo ante la puerta herméticamente ajustada aún. Extendió su mano al pestillo, con un último esfuerzo. Sus dedos temblaban. Fuera, había cesado el ruido. No había pisadas, pero el pavor la dominó, cuando tuvo conciencia clara de que un jadeo animal se contenía al otro lado de aquella puerta, de que unos ojos que ella no podía ver, se clavaban siniestramente en la hoja de madera…

Sus dedos se cerraron sobre el pestillo. Se dispuso a correrlo, triunfalmente…

En ese momento sonó el aullido inhumano, bestial. La puerta sufrió la embestida terrorífica… ¡y el monstruo penetró en el dormitorio de los Ozdar!

Un alarido terrible rasgó la noche. Lilian cayó atrás, despavorida. La forma velluda, deforme, saltó como una fiera exasperada. Janos aulló, horrorizado, pugnando por moverse, por hacer algo…

Y lo hizo.

El milagro se produjo. Su mente respondió a su esfuerzo. Los músculos y nervios atrofiados, también. En el supremo momento de desesperación, Janos Ozdar salió de su inmovilidad de años. Y se precipitó, por su propio pie, hacia la escopeta colgada del muro.

Justo cuando el monstruo alzaba sus patas de centelleantes garras sobre el rostro y el cuerpo de Lilian, derribada en el suelo por la entrada violenta del ser destructor.

Janos apuntó y disparó. Los dos cartuchos de la escopeta alcanzaron al animal. Emitió éste un raro aullido que parecía humano ahora. Se agitó, convulso. Su mirada feroz se revolvió hacia Janos.

Éste avanzó pesadamente, enarbolando su escopeta a guisa de arma contundente, por el cañón. Intentó alcanzar con un culatazo al animal herido. Pero éste, en la sombra, jadeante y torpe, logró eludir el golpe. Y cayó sobre Janos Ozdar, olvidando, en la rabia de su dolor, a la mujer vencida, a la víctima propicia a su furor sanguinario…

La terrible zarpa alcanzó de lleno el rostro de Janos. Éste emitió un alarido desgarrador, horripilante, cuando su boca, su nariz, e incluso uno de sus ojos, fueron reventados por el zarpazo bestial. Otro golpe de aquellas garras sangrientas, desgarró su garganta de lado a lado, entre un baño de sangre atroz…

Janos cayó al suelo, debatiéndose en la agonía, mientras Lilian, desesperadamente, pugnaba por incorporarse, por intentar algo en favor de su esposo… Sus gritos eran roncos, inarticulados, saturados de terror ciego.

Nuevos zarpazos destrozaron el cuerpo agitado de Janos Ozdar. Su única acción física, había sido, precisamente, la última de su vida. Y parecía que completamente inútil para salvar la vida de su esposa…

Porque de repente, el animal, de cuyo cuerpo velludo goteaba pesadamente la sangre al entarimado, giró su cabeza monstruosa, encarándose con Lilian, que pretendía huir.

Y ésta, con una convulsión helada, con la garra del pánico helando su corazón, escuchó, bajo el hocico negro y siniestro, una voz susurrante, espantosa, una voz humana…

—Tú… tú debes morir ahora… maldita mujer…

El monstruo se precipitó hacia ella, mientras Lilian se encogía contra el muro, horrorizada, incapaz de defenderse…

* * *

Los disparos de revólver retumbaron en el dormitorio

violentamente.

Los vidrios de la ventana saltaron en pedazos. Pero las balas llegaban allí después de atravesar limpiamente el cuerpo velludo del monstruo…

El ser misterioso se agitó, entre convulsiones, emitiendo chillidos de dolor y de rabia incontenible. La voz, bajo el vello hirsuto, llegó clara a Lilian:

—Tú… Tú, Nathan Miller… Yo… yo perdoné tu vida anoche… ¿Por qué… por qué tú…?

Luego, el monstruo, la forma de vello rojizo, cayó al suelo, dando una voltereta atroz. Se quedó quieto, entre su sangre y la de Janos Ozdar. Lilian, aún con su cabello erizado, se precipitó sobre su salvador, erguido en el umbral del dormitorio. Buscó refugio en sus brazos.

—Doctor… ¡doctor! —gimió, convulsa—. Dios sea loado… Llegó usted… Salvó mi vida… aunque no la de él, la de Janos… Ese horrible monstruo… lo despedazó… Él se movió, se puso en pie, disparó, intentó salvarme…

—Lo sé. Puedo darme cuenta de lo ocurrido, Lilian. No se excite más. Todo ha terminado ya… El monstruo ha caído…

—Era… ¡era realmente un hombre-lobo! Cuerpo de animal, voz humana…

—No. Nunca fue un hombre-lobo —llevando consigo abrazada a la joven hermosa Lilian, Nathan se acercó a un quinqué y lo encendió. La luz llenó la estancia. Miraron ambos el cadáver destrozado de Janos. No había remedio ya para él. Y también la forma grotesca, de piel rojiza…

Se inclinó Nathan Miller. Arrancó la piel que envolvía como un manto hermético a la persona muerta. Debajo del disfraz dotado de enormes garras de animal disecado, apareció el cuerpo menudo, suave, crispado ahora por la agonía. Las balas de Nathan y los cartuchos de Janos, habían vaciado de vida y de sangre aquella figura increíble, casi delicada…

—¡La amazona del circo! —gimió Lilian, estremecida—. ¡Esa muchacha!

—Sí… Roszy Rolkan, la pobre criatura torturada y dañada siempre… —murmuró sombríamente Miller. Y Lilian se volvió a acoger en sus brazos, trémula—. Lo sospeché demasiado tarde para

salvar a Janos, aunque por fortuna, no a usted. Ella era… la mujer-lobo de esta historia. Una pobre enferma. Sufría crisis terribles de odio, de venganza, de crueldad. Todo porque los golpes de su torturador dañaron su cabeza irremisiblemente. Ella Iba con su pantera, su animal favorito… Ella destrozaba primero a la víctima. La pantera, luego, seguía su obra, al oler la sangre humana. Y con ella volvía al circo cada noche… como si nada hubiera sucedido… Debí advertirlo antes. Desde que el circo llegó sucedían estas cosas… El buhonero la reconoció en la fonda, por eso huyó asustado al verla… Sin duda ahora está también muerto, enterrado en alguna parte… Anoche, cuando pudo matarme… no lo hizo. Sin duda sentía algo especial por mí, pobre criatura. Gratitud, amor… ¿quién puede saberlo? No fue ninguna cruz, sino yo mismo, mi persona, lo que me salvó de morir… Ciertamente, herí a su pantera. Y murió en la jaula… Pero antes de ausentarse otra vez del circo, atacó esta vez a Farka: Le golpeó, le arrastró dentro de la jaula, sin duda… y allí lo destrozó, junto al cadáver desangrado de su fiel pantera amiga… Es una horrenda historia de demencia y de revancha, de odio a las mujeres que creía felices… Esta noche, cometí un error tremendo. Le dije que vendría mañana para rogarles se trasladaran al pueblo a residir, Lilian. Luego, al reflexionar sobre todo esto, tuve miedo, me pregunté si sería posible que ella fuese el monstruo… Y corrí hacia acá. Oí los disparos, vi la ventana abierta de abajo, subí todo lo deprisa que pude…, pero no fue posible lograr más. Siento lo de Janos, Lilian…

—Usted hizo más de lo posible, doctor… Le estoy tan reconocida, pese a todo… Pobre Janos. Realmente, podía haberse movido. Todo era fruto de su mente…

—Sí, Lilian —la llevó suavemente hacia la salida—. Vamos ya… Vamos de aquí, amiga mía… La mente humana es el más profundo enigma, como habrá podido comprobar en esta horrenda historia. Algo que ningún médico podrá nunca descubrir realmente… Ahora, olvide todo esto. Y trate de no pensar… Algún día esto habrá quedado definitivamente atrás. Es joven, hermosa. Tiene derecho a una nueva felicidad…

—Doctor, será difícil…

—Difícil, pero no imposible —sonrió él suavemente—. Ya lo verá, Lilian… Si algo necesita, yo estaré a su lado en cuanto sea

preciso…

—Sí, por favor, Nathan, amigo mío —apretó con fuerza su mano —. Esté siempre cerca de mí. Siempre… Creo que voy a necesitarle más que a nadie…

Salieron lentamente de la casa. El viento aullaba fuera. Pero no el lobo humano.

La luna estaba oculta tras las nubes. Y hasta comenzó a lloviznar sobre Véskad…

FIN



JUAN GALLARDO MUÑOZ. Nació en Barcelona el 28 de octubre de 1929, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal. Los primeros pasos literarios de nuestro escritor fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario Imperio, de Zamora, y en las revistas barcelonesas *Junior Films* y *Cinema*, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix. Su primera novela policíaca fue La muerte elige y a partir de ahí publicó más de 2000 títulos abarcando todos los géneros, ciencia ficción, terror, policíaca, oeste…, es sin duda alguna unos de los más prolíficos y admirados autores de bolsilibros (llegó a escribir hasta siete novelas en una semana). Los seudónimos que utilizó fueron Curtis Garland, Donald Curtis, Addison Starr o Glen Forrester. Además de escribir libros de bolsillo Juan Gallardo Muñoz abordó otros géneros, libros de divulgación, cuentos infantiles, obras de teatro y fue guionista de cuatro películas: *No dispares contra mí*, *Nuestro agente en Casablanca*, *Sexy Cat* y *El pez de los ojos de oro*. Su extensa obra literaria como

escritor de bolsilibros la desarrolló principalmente en las editoriales Rollán, Toray, Ferma, Delta, Astri, Ediciones B y sobe todo Bruguera. Tras la desaparición de los libros de bolsillo, Juan Gallardo Muñoz pasa a colaborar con la editorial Dastin. En esa etapa escribió biografías y adaptaciones de clásicos juveniles como Alicia en el país de las maravillas, Robinson Crusoe, Miguel Strogoff o el clásico de Cervantes Don Quijote de la Mancha, asimismo escribió un par de novelas de literatura «seria», La conjura y La clave de los Evangelios. En 2008 la muerte de su esposa María Teresa le supone un durísimo mazazo pues ella había sido un sólido soporte tanto en su matrimonio como en su producción literaria. Es a ella a quién dedica su libro autobiográfico Yo, Curtis Garland publicado en la editorial Morsa en 2009. Un interesantísimo libro imprescindible para los seguidores de Juan Gallardo Muñoz. Su último trabajo editado data de Julio de 2011 y es una novela policíaca titulada Las oscuras nostalgias. Continuó afortunadamente para todos los amantes de bolsilibros ofreciendo conferencias y charlas con relación a su extensa experiencia como escritor, hasta el mes de febrero del 2013 que fallece en un hospital de Barcelona a la edad de 84 años.